HIPOLITO YRIGOYEN

MAESTRO DE DEMOCRACIA

POR ANTONIO HERRERO

HIPÓLITO YRIGOYEN

MAESTRO DE DEMOCRACIA

ANTONIO HERRERO

HIPÓLITO YRIGOYEN

MAESTRO DE DEMOCRACIA

PALABRAS LIMINARES DEL

Dr. ANDRÉS D'ONOFRIO

LA PLATA
TALL. GRÁFICOS, OLIVIERI Y DOMINGUEZ
Calle 4, 42 y 43
1927

PUBLICACIÓN DE LA
Editorial ALMAFUERTE

Calle 64, Núm. 1040
La Plata
(República Argentina)

Al Doctor RAÚL F. OYHANARTE

TRIBUNO DE LA NUEVA DEMOCRACIA ARGENTINA EN CUYO CARACTER HA PRENDIDO LA AUSTERA LLAMA IDEALISTA DE YRIGOYEN. - - - - - -

PALABRAS LIMINARES

Este libro no es una biografía, un libro más sobre Yrigoyen. Es un canto a la argentinidad y una encendida visión de sus altas esperanzas. El autor ahonda en el espíritu de un hombre titánico y vuelca sobre el panorama argentino el cálido anhelo de la raza.

Sus páginas desbordan la exégesis individual. Vibra en ellas, con hálito purísimo, fervorosa idealidad. Y el hondo clamor de las multitudes, signo radical de nuestro tiempo, florece, cimero y magnífico, ganando las cumbres de su impulsión solidarista.

Con mano maestra Herrero escribe, acaso sin proponérselo, un vigoroso tratado de ética social y política. Compulsa los valores del pensamiento democrático contemporáneo y promueve, sobre las ruinas del liberalismo histórico y del marxismo dogmático, la estructura universalista del nuevo Estado.

◈ ◈ ◈

Yrigoyen es un numen de las muchedumbres. Con él aparecen por primera vez en la vida institucional del país, cobran conciencia de sí mismas y avanzan confiadas al cumplimiento de su destino. Es que, como Ortega y Gasset dice de Mirabeau, es Yrigoyen un formidable gestador de Historia. Representa la viva, la entrañable realidad argentina; encarna la máxima unión de sus potencias y señala el camino de sus fructuosas posibilidades.

Mientras Europa, caótica, agítase sin rumbo en acciones y reacciones convulsas, este pueblo del Plata, retomando su soberanía — durante mucho tiempo conculcada — labra serenamente el porvenir. Las fuerzas que en Italia y España, y dentro de América, en Perú, Bolivia, Venezuela y Chile, pretenden encauzarse con el garrote y la espada, aglutínanse aquí, por propia determinación, bajo el influjo espiritual de Irigoyen. Impiden todo asomo de violencia y troquelan, en el juego espontáneo de su activismo normal, la matriz integralista de las nuevas democracias. Conjugar, vitalizándolos, los elementos activos, las energías

creadoras de la nación, huyendo del fatal espejismo de los poderes absorbentes del Estado, he ahí el mérito trascendental de la política de Yrigoyen.

◈ ◈ ◈

La generación del 18 planteó a la conciencia argentina, junto con el cultural, el problema político. Finamente permeable al ritmo de los tiempos, rebélase contra el concepto intelectualista, técnico de la instrucción y el individualista, opresivo, del Estado. Con certera retina percibe que lo intelectual no encierra la totalidad de la vida. Que las ideas, como tales, no constituyen "la última instancia histórica, sino que su fuerza de acción depende de que representen en cada momento una realidad viva". Y esta realidad viva no es, ciertamente, la razón, mero instrumento, a quien la Universidad, hipertrofiando el método positivista, habla todavía, sino el espíritu, la sustancia íntima, el núcleo esencial de la personalidad humana.

Parejamente afirma que el Estado no es la nación. Que aquél nace de ésta y para ella. Y que no significa, como se cree errónea y gravemente, un poder de mando, sino, como Duguit enseña, una función de gobierno, una función social. Surge del

organismo nacional, nútrese de él y cumple sus fines en la medida que satisface sus exigencias, sujetas a evolución y cambio.

Urgenos a los jóvenes disipar la deplorable confusión establecida a este respecto. Con Burgess y Esmein, habíase venido predicando la absoluta identidad entre el Estado y la Soberanía. Siendo ésta, según clásica definición, una voluntad y un poder originarios, ilimitados y universales, el Estado, al participar de tales características, impónese al individuo y a la colectividad sin restricciones ni cortapisas. Sustitúyese así el derecho divino de los reyes por el derecho divino de los pueblos y dáse vigencia a la frase de San Pablo: "Omnis potestas a Deo". ¡Craso error! En él se asientan los gobiernos fuertes, dotándolos de una prevalencia dominante, nociva y muchas veces contraria a la voluntad de la nación. Lo realmente originario es ésta, el agregado social. Preexiste y perdura a través de las transformaciones de aquél. A ella hay que acudir, pues, cuando se quiere, lealmente, buscar soluciones a los problemas que la vida colectiva suscita cada día con mayor apremio. Y para eso no debe olvidarse que el Estado es, tan sólo, la estructura jurídica que, voluntariamente, se da la nación.

Ahora bien; todo acto voluntario lleva implícitos los conceptos de objeto y fin. Organizar la nación con arreglo a ciertas normas que hagan posible la convivencia social — el Estado — es el objeto. El fin, la nación misma, su mayor vitalidad y plenario desarrollo. Valga el ejemplo de Yhering: Quiero beber un vaso de vino. Beber es el objeto. Aplacar la sed, el fin. Pero también puede ser éste el embriagarme.

Surgen de aquí, con evidencia, los diversos caracteres que el acto ofrece, según que el agente — lato sensu el Estado — obre hacia una u otra finalidad. Apagar la sed es prolongar la vida. La borrachera, camino de su anonadamiento.

Sin técnica rigurosa, pero con gran eficacia, Yrigoyen trajo a la vida pública del país la certidumbre de que la nación encarnaba en el Estado y que, gobierno y pueblo eran, y debían ser, una sola y misma cosa.

◈ ◈ ◈

Antonio Herrero no es un político. Es un pensador de sazonada madurez y un escritor de intuiciones poderosas. Autodidacta, hállase exento de las rígidas conformaciones que a la mente im-

prime la ciencia oficial. Dotado de honda espiritualidad, su vida—que está mediando la tarde—corre inquieta y como apremiada por cósmicas resonancias. De ahí la exaltación ferviente, el resplandor luminoso de sus páginas.

Su natural sencillez y ejemplar modestia han querido que las prologara un muchacho.

ANDRÉS D'ONOFRIO.

EL MERIDIANO ARGENTINO

Ha cerrado la noche sobre el mundo. Densa masa de tinieblas nos envuelve. Extraviado vaga el hombre, buscando su destino, a tientas en la sombra. No sabe si frente a él se dilata un sendero o le acecha el abismo. Como la luz es lo único que nos une, dando forma a los seres, cada uno se siente solo, perdido en el infinito. Huérfanos de brújula y de norte, no tenemos otro rumbo que el azar de nuestros pies. El presentimiento del peligro paraliza nuestro paso. En todas las direcciones suenan voces confusas, clamores estridentes: amenazas, protestas y tumultos. Fulguran llamas rojas que nos muestran fantásticos horizontes de signo contradictorio. Humeantes las hogueras, todavía, del pavoroso incendio reciente, en que surgió pletórica de barbarie la bestia oculta en el hombre, nadie puede predecir el instante ni el lugar en que estallará el próximo estrago. Es la hora de la soldadesca, el momento de la puñalada. El instinto relincha, desatado, y atenta contra el espíritu. Nos devora la sed y la inquietud. Tal el presente estado del hombre. Ignora si las lejanas claridades que vislumbra son anuncios de aurora o de cataclismo.

Caminamos, no obstante, a pesar de las sombras. En el panorama humano queda un punto luminoso. Aún alienta la esperanza. Hay una tierra jocunda, hasta ayer desconocida y desdeñada, donde no se ha puesto el sol. Es la parte del nuevo continente a la que legó Colón su fe y su quimérico ensueño. La levadura ibérica ha mantenido vivo el anhelo de rutas ideales y el resplandor de los cielos interiores. Todavía, en esta tierra, no se ha petrificado el alma del hombre y guarda viva, latente, su chispa originaria.

Destaca en ese mundo colombiano un país en donde irradian fulgores de amanecer. Es clara estrella que alumbra la noche de los caminos. Yo no sé qué signo arcano ha presidido su génesis. Pero sé que fueron hadas generosas las que mecieron su cuna y le hicieron presente de sus dones. Ya en su nacimiento reveló la calidad de predestinado. Como otros pueblos blasonan sus orígenes con leyendas divinas o guerreras, éste eligió a los libres del mundo por númenes tutelares. Y sobre el altar de su conciencia erigió un trono a la diosa libertad, aclamándola con triple invocación en el armonioso himno que unge de humanidad el labio que lo pronuncia. ¡Libertad! ¡Nombre sagrado! Unica palabra mágica que rebasa cualquier límite, que se renueva perennemente; en la cual se reconoce y reconcilia todo ser. Nadie sabe los misterios que encierra esa palabra. Nunca se podrá agotar su oculto significado. Inextinguible fuente de vida; foco solar de la humanidad. Todo lo abarca y contiene esa mística expresión que enciende en ilu-

siones el pecho del esclavo. Si desciendes a los más profundos repliegues de la conciencia, como si elevas la mente hasta los astros encontrarás por doquier esa divina palabra "libertad" grabada en caracteres indelebles. Es el oxígeno universal y la flor de los tres mundos. Sin ella no hay existencia. Puede reducirse o dilatarse, hacerse interior o externa; pero borrarse, jamás. Siempre que oigas afirmar que la libertad perece, sabe que no es que se extingue: cambia de signo, se hace más honda. Libertad es, al propio tiempo, manifestación y esencia. Su radio va desde el centro de la conciencia individual a los límites del cosmos.

Y este pueblo de que hablo ha hecho de la libertad un culto. Ha dilatado su esfera y la ha infiltrado en la esencia del carácter. Ha permitido que arraigue en la conciencia ese poderoso germen. Ha dado un espacio a la personalidad del hombre como no lo tuvo nunca. En lo íntimo de su alma ha creado un recinto egregio donde el ser es plenamente libre. Realízase así el ensueño de Guyau: la moral sin sanción ni obligación. Constituye ello un salto temerario que este pueblo de virilidad extrema ha dado sobre el vacío. ¡Oh cuán bella es la existencia, aromada por la esencia de la libertad! ¡Cómo se torna fragante, maravillosa y pura!

Por eso es tan excelsa y tan fecunda el alma de este pueblo. Vienen a ella los hombres libres, y quienes lo anhelan ser, desde todos los puntos de la tierra. Al calor vivificante y milagroso de ese sol se está

forjando otro ser más humano y más noble que el antiguo. Esa es la fuerza magnética que da a este pueblo su impulso alucinante. Aflora a una tierra nueva donde los hombres ya son hermanos y se borran los antagonismos. Por eso para él no existen limitaciones. El ciudadano de este país es ciudadano del mundo. En ninguna otra parte de la tierra circulan aires más vastos. Es una flor de las razas, una cima universal del hombre. Por eso alumbran destellos redentores en su clarísimo espíritu que constituye la estrella anunciadora de las auroras futuras.

Pero le rodea la noche todavía. Dentro de su mismo seno agítanse los girones de las sombras pretendiendo oscurecer la luz. Los agentes tenebrosos se conjuran en su contra; y desde todos los puntos del horizonte organizan y lanzan sus mesnadas con ansias de someterlo. Mas ya es demasiado tarde para apagar esta luz. La libertad ha cobrado conciencia y realidad trascendente en el alma inquebrantable de un hijo de este pueblo y no existe fuerza alguna capaz de contrarrestarlo. Ha dominado este hombre, sin esfuerzo, las tentaciones del oro, el poder y el sensualismo, y se ha elevado, por ello, a la cima de la comunión humana. Ha dejado, así, de ser un individuo concreto para convertirse en símbolo. En su voluntad se encarna la potencia de los cósmicos designios. Su paso tiene el empuje de las tempestades, porque viene de la entraña de las multitudes y se dirije "a la estrella de su ensueño esforzado". Aporta el nuevo mensaje de "las albas del gran día". El

metal de su carácter está, como el de su pueblo, vaciado en "moldes eternos de un supremo querer de universal liberación humana".

La libertad vacila en el mundo y este hombre y este pueblo vienen a restablecerla sobre más sólidas bases. Por eso late en su empeño el anhelo de la humanidad de la cual son, al presente, conciencia renovadora.

I

LA PATRIA DEL HOMBRE

La humanidad evoluciona con ritmo lento, moroso. A pesar de las violentas sacudidas y de los cambios externos, su crecimiento interior apenas es perceptible para el hombre. De la aceptación de una teoría hasta su plena realización suelen mediar muchos siglos. Diecinueve hace ya que sancionó como principio vital el de la ley del amor y continúa atenida, no obstante, a la ley de la fuerza.

La universalidad del hombre y del espíritu, proclamada por Jesús y adoptada, después, por el catolicismo, apenas si se realiza en el campo del conocimiento, en la esfera metafísica. Pero en la vida exterior, en el plano político y social no es más que vana utopía. Tanto en lo exterior como en lo interno, todavía son las naciones recintos amurallados, como fortalezas medioevales, que revisten el carácter de propiedades privadas, fundadas en el derecho del primer ocupante. Los que no participan de ese derecho por nacimiento o por ley de herencia son considerados extranjeros. Y la palabra "extranjero" conserva aún las resonancias y el acento de la

acepción que le daban los atenienses, quienes, según es sabido, la identificaban con el concepto de "bárbaro". Como advierte Peladán, la palabra extranjero, tal como se la pronuncia es un término de salvaje que señala una *presa* posible. Es la consecuencia ineludible del imperio de la fuerza. Lenta y fatigosa es la evolución humana. Iniciada, sin embargo, una parábola histórica no existe poder alguno capaz de detener su desarrollo, ni de desviar su trayectoria, la cual sigue su rumbo inexorable, a despecho de aparentes retrocesos, a través de los tiempos y las razas. La dirección que marca esa órbita constituye la línea de fuerza en la cual se vierten las corrientes de la energía cósmica para plasmar y fijar las conquistas realizadas por el espíritu humano. Los pueblos o los hombres que se sitúan en el impulso inicial de esa corriente se transforman en sino, los demás lo soportan.

Cuando han alcanzado el máximo de eficacia en el punto viviente de la órbita empiezan a declinar, se apartan de la corriente y otros pueblos y otros hombres les sustituyen en su labor. La doctrina de Jesús es una de esas parábolas en cuyo trazado colabora todo el mundo de Occidente; y a pesar de los retardos aparentes y desviaciones sufridas va desplegando en sucesivas fases y a través de diversos pueblos y épocas, toda la potencia virtual contenida en sus gérmenes prístinos. Llegará a ser, pues, una realidad, en el tiempo, el reino de los cielos sobre la tierra, a despecho del escepticismo humano.

El punto en que hoy nos hallamos de esa parábola corresponde a la substitución de la ley de competencia animal y antagonismo implacable por la ley de colaboración y de simbiosis, de solidaridad esencial. Quienes por su acción o sus doctrinas respondan más plenamente a ese postulado asumirán el impulso dirigente del acontecer en la próxima etapa de esta gran jornada.

En esa obra colectiva, universal, rige también una especie de división del trabajo. Cada pueblo cumple una tarea. Con los reyes católicos, España representó la expansión del cristianismo en el mundo. Cuando quiso amordazar la inteligencia y substituir la fé por el dogmatismo y el orgullo empezó a declinar en su rango histórico y todavía no ha agotado la curva de su descenso. Francia proclamó los derechos del hombre y se alzó a la cumbre histórica por intermedio de Napoleón cuyo absolutismo militar le confinó en Santa Elena. La liberación de la conciencia y los derechos de la razón dieron a Inglaterra su potencia mundial. Cuando Alemania quiso imponer el cesarismo se concitó contra ella la humanidad, no obstante reconocer sus valores espirituales. Aunque con un criterio materialista, imperativo, Rusia está destruyendo en la actualidad la separación de clases que divide a los hombres. Norte América ha cumplido la igualdad ante el dinero; pero su espíritu cesarista está alejando a ese pueblo de la línea de fuerza que señala la presente evolución del mundo.

En esa línea esencial ha tomado la Argentina una

posición predominante. Cuando en 1860 sancionó la Constitución vigente estableciendo en ella el propósito de asegurar los beneficios de la libertad para los argentinos, sus descendientes y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en este suelo; declarando que en la Nación Argentina no hay esclavos; que los que se introduzcan dejan de serlo por el sólo hecho de pisar el territorio de la República y concediendo a los extranjeros todos los derechos civiles del ciudadano, inicióse con ello una era nueva en la evolución de las nacionalidades. Por primera vez aparecía en la historia una nación en la cual el extranjero dejaba de ser el enemigo, desprovisto en absoluto de derechos, inferior a los esclavos, en la antiguedad. (1)

Al fin dejaba de ser el extranjero un judío errante que no hallaba un lugar sobre la tierra donde po-

---

(1) "Ni en Roma ni en Atenas el extranjero podía ser propietario. No podía contraer matrimonio; al menos su matrimonio no era reconocido; los hijos nacidos de la unión de un ciudadano con una extranjera se reputaban bastardos. No podía contratar con un ciudadano; al menos la ley no reconocía ningún valor a tal contrato. En los orígenes no tenía el derecho de ejercer el comercio. La ley romana le prohibía heredar de un ciudadano y hasta a un ciudadano heredar de él. Se llevaba tan lejos el rigor de este principio que si un extranjero obtenía el derecho de ciudadanía romana sin que su hijo, nacido antes de esta época hubiese obtenido el mismo favor, el hijo se transformaba respecto del padre en extranjero y no podía heredar de él. La distinción entre ciudadano y extranjero era más fuerte que los lazos de la naturaleza entre padre e hijo."

"La religión romana establecía que la tumba del esclavo era sagrada, pero que la del extranjero no lo era."

Fustel de Coulanges "La cité antique" pags. 230 y 231 (19 ed.)

der reposar. Obligado a abandonar su patria se convertía en un perpetuo desterrado y si en otros países se le admitía era como merced, no por derecho. Aun los Estados Unidos que es en donde ese principio fué más atenuado, consideraban al extranjero como una materia prima que les convenía asimilar, pero debidamente industrializado, es decir, sometido a los principios normativos de la vida norteamericana y señalado en su índole con la marca de fábrica nacional. Actualmente Norte América es ya un recinto cerrado, más hostil al extranjero que las mismas naciones europeas.

En la Argentina, por lo contrario, el extranjero es un ciudadano como todos, amparado en su derecho por la Constitución nacional. Encuentra aquí una segunda patria más liberal y más amplia que la patria nativa.

Es aceptado, pues, en la integridad de su persona, cualquiera que pueda ser su procedencia, su condición y sus medios. Esa libertad fundamental, en que se iguala al nativo y al extranjero, — y que trataron de mutilar los socialistas, a despecho de su pseudo universalismo, pretendiendo impedir la inmigración de los analfabetos, — constituye un hecho singular que coloca a la Argentina en una posición nueva en el mundo.

Se incorpora en esa forma a la realidad internacional el principio cristiano de la universalidad del hombre. Puede adoptar como lema la Argentina el verso de Almafuerte, su poeta:

"Cualquier hombre fué Hombre en mi presencia".

Este sencillo principio es de trascendencia enorme y pródigo en consecuencias. Implica, en primer lugar, la efectividad de la igualdad humana. Las religiones, las razas, las diferencias sociales han dejado de ser en este país un motivo de separación, de lucha y de antagonismo entre los hombres. Por diversas que sean esas características se conciertan y se adaptan sin esfuerzo, mutuamente. Entraña, por otra parte, esa amplísima norma la abolición virtual del derecho de la fuerza. Pueblo que no constituye en privilegio su derecho de ocupante tiene que renunciar, en consecuencia, a todas las ventajas derivadas del empleo arbitrario del poder. Y así ha sido concordante con tal principio su política internacional. Por primera vez en el mundo se ha proclamado por este pueblo que la victoria no da derechos; que América debe ser para la humanidad; que todas las naciones soberanas son iguales y deben someterse al arbitraje obligatorio, ante una Corte de Justicia Internacional.

Esas normas revolucionarias con respecto a los principios del derecho vigente entre las naciones, que se funda todavía en la fuerza y la violencia, asignan a la Argentina la dirección de la evolución humana próxima. Mientras permanezca fiel a esos principios no tiene por qué inquietarse con referencia a su porvenir ni contemplar con envidia ni temor el colosal desarrollo y la tendencia absorbente de los Estados Unidos.

Ella obedece a la línea de potencia destinada a trazar nuevos derroteros en los destinos humanos y esto la erige en el centro, en el eje de una raza que puede cambiar la faz de la historia de Occidente, elevando la existencia humana desde el plano biológico actual del antagonismo colectivo, a la esfera de la identidad esencial, de la colaboración humana. Y no hay fuerzas en el mundo capaces de desviar ni detener esa ruta.

Tal hecho primordial, de significado trascendente es el que confiere a la Argentina ese ímpetu asombroso de crecimiento y de cambio. Aquí la transformación no es de índole exterior únicamente. Proviene de dentro afuera. Una fuerza misteriosa, de índole providencial, empuja las potencias interiores de este pueblo con un insólito aliento evolutivo que centuplica la intensidad, la rapidez de su marcha. Los ciclos renovadores, que irrumpen con estallido de torrente, removiendo los obstáculos, transformando el miraje colectivo, se cuentan, aquí, por décadas y equivalen a períodos seculares de las naciones inertes.

Aquí se encuentran despiertas, y sensibilizadas virtualmente, todas las potencias esenciales del espíritu humano. Se percibe el raudo soplo de un hálito universal que convierte al argentino en habitante del mundo, abierto a los reactivos y las impulsiones de todos los horizontes de la tierra. Vive, así, en contacto, la Argentina, con la cálida palpitación del alma humana.

Y ese impulso ascendente irrefrenable es el que le confiere su fuerza de plasmación asimilativa que es como el poder de nutrición de un organismo gigante. Así, a estas tierras arriban los seres más dispares, de índole más refractaria a la aglutinación, dispuestos a defender su individualidad. Pero no hallan resistencia ni compulsión de ninguna especie. Nadie les obliga a ningún rito. El primero que los acompaña con su simpatía, en sus protestas denegatorias, y en sus singularidades, es el mismo criollo, que sólo opone, si acaso, a sus enconos su elástica sonrisa comprensiva. Se encontrará cuerpo a cuerpo con la dureza implacable de la vida, pero en la hora de la desgracia no dejará de hallar quien le tienda una mano fraternal con absoluto desprendimiento. Conocerá la burla criolla, endurecedora y despiadada, como espolonazo alegre; pero gustará también el sabor exquisito de la *gauchada*, gesto característico de generosidad viril que constituye un sentimiento nuevo, una actitud casi indefinible, incorporada por la Argentina a las normas implícitas de la hidalguía humana. No tropezará con valla alguna de esas que opone el prejuicio colectivo o los intereses solidificados al hombre de otras tierras; advertirá que se encuentra en un pie de igualdad con el nativo, sometido en idéntica medida al yugo de la necesidad o de injusticias tradicionales; y hallará, en fin, tal espacio para el libre desarrollo de su propia personalidad, que sin violencia ni esfuerzo se sentirá incorporado a la corriente de esta nacionalidad creadora, "donde florece

la hombría," y desarraigado de su patria originaria. Tal vez esto no lo note hasta que tenga ocasión de contrastar sus sentimientos actuales con la experiencia directa del medio ambiente nativo. Entonces advertirá, con sorpresa y con orgullo, que dentro de él se ha formado, silenciosamente, otro hombre nuevo, un carácter argentino. Así, este pueblo, entregándose conquista al extranjero. Lo asimila a fuerza de desprendimiento y de generosa indiferencia.

El extranjero que de este modo se incorpora no es un alma mutilada, no es un ser deformado y contrahecho a quien la necesidad ha obligado a adoptar una forma de mimetismo. Es, por lo contrario, una personalidad integral, afirmada sobre sí, que otorga libremente su asentimiento, por nadie solicitado, y conserva, a la vez, cómodamente, su idiosincrasia peculiar. De este modo, se enriquece el alma colectiva con una fuerza más que aporta el tesoro íntimo de su sensibilidad diversa, ensanchando el área de reacción vital. Este procedimiento natural de crecimiento espontáneo es lo que da su vigor al alma argentina, impregnándola de una emoción de palingenesia humana. Siéntese aquí germinar la savia multiforme de la sangre de pueblos y de razas que arraigan con lozanía, y cristalizan por propio impulso en nuevas formas de vida con las cuales se ensancha y robustece la corriente inicial. Ello reviste al carácter argentino con ese nimbo impreciso y dúctil de plasma en formación. También le insufla esa confianza ilimitada que descuenta, sin medida, sobre el porvenir.

Un sereno fatalismo, melancólico y jovial, es la raíz del alma argentina. Su ingénito sentido de elegancia impide a ésta revelarse contra el destino, pero el sentimiento de la hombría no le permite, tampoco, someterse a él, y entonces viene en su auxilio la sagacidad criolla, de tono un tanto zumbón, que le sugiere el propósito de burlarlo. Así, el valor argentino no teme a nada ni a nadie, pero no es ostentoso y arrogante como el español, aunque siempre es altivo y denodado. Consiste en una especie de resignación activa y de confianza infatigable que le permite no dar por abandonada la partida aunque le haya tocado en ella la mala; ni envanecerse, tampoco, con el triunfo. Esa elasticidad cachacienta y ágil que le incita a sonreir ante el ceño adusto de la suerte es lo que constituye su fuerza y le infunde el impulso generoso que está fuera de cálculo y medida. El corazón argentino es ancho como la pampa, sin fronteras ni límites definidos. Por eso es tan cautivante. Seduce por su hondura y su amplitud, donde se contienen próvidas reservas de oxígeno para el alma. No ofrece tampoco puntos de sólida resistencia en los que pueda apoyarse el odio o el rencor. Con fino tacto de diplomático subconsciente, el argentino, traslada a un segundo plano todas las cuestiones de interés, los negocios y asuntos en que interviene el dinero, para poner sobre ellos a la amistad, aun cuando se trate de un desconocido. Cultiva por sobre todos los valores el de la pulcra y gentil hombría.

Tal la dirección que sigue en línea firme y precisa

el carácter argentino, tanto en lo privado y personal como en lo internacional y público. Una vocación mesiánica se define en el origen de su historia y da a sus militares prominentes el sello de hombres civiles y apostolizantes que convierten a la espada en instrumento eficiente de libertad y moralización. Nunca se invocó la fuerza en la Argentina como argumento capaz de definir el derecho.

El afán redentorista de *D. Quijote* es aquí tendencia ingénita y tradicional que se ha connaturalizado. Las raras excepciones disonantes son casos de incomprensión desorbitada que no suscitan, siquiera, el eco refutador.

Un principio tan inmenso como ese de la solidaridad esencial que informa las raíces de este pueblo, constituye, como he dicho, un caso nuevo en la historia y entraña consecuencias de trascendencia múltiple. Tiene que irse realizando gradual y progresivamente en la esfera nacional para irradiar después a lo externo. Implica un cambio fundamental en la jerarquía de los valores y, por tanto, en la organización política y social. Llegará a operar hondas transformaciones en la vida colectiva, trazándose cauces propios y elaborando formas originales. En esa ardua tarea de creación hállase empeñada hoy la conciencia argentina, cuyo dinamismo idealizante está encarnado en Hipólito Yrigoyen, Maestro de Democracia.

Al estudio de su personalidad y acción se ha consagrado, por ello, el presente libro.

II

LA EVOLUCION ARGENTINA

La parábola iniciada por un pueblo, como el destino asignado a la vida de un hombre, deben realizarse totalmente so pena de fracasar o de perecer. "Serás lo que debas ser y si no, no serás nada". Pero los fines propuestos en la juventud sólo pueden alcanzarse en la edad madura, tras de largo anhelar y de infatigable persistir. Así, también, los sueños concebidos por los patriotas de la independencia, el ideal contenido en la Constitución, que entraña un principio de igualdad humana, de primacía del derecho y colaboración social, van tomando forma lentamente en la vida argentina y llegarán a encarnarse en la realidad a costa de ímprobos esfuerzos.

Las tres personalidades cuyo espíritu alumbra como antorcha la aurora de la emancipación son las de San Martín, Moreno y Rivadavia. San Martín es la ética actuante, el sentido idealista y generoso, el sentimiento popular incorporado a la potencia dirigente. Moreno representa la actualización de las ideas avanzadas, renovadoras, circulantes entonces en el mundo. Rivadavia es el laicismo, la ilustración

y la enfiteusis: la libertad civil y económica. Rivadavia procedió como dictador de la cultura, pero no había contado con las masas, con las fuerzas estáticas, coloniales, del interior, y éstas hicieron irrupción en el escenario nacional, acaudilladas por Rosas, hasta que agotaron su energía de reacción, preparando, al mismo tiempo, la unidad del país. Era un error el unitarismo; la federación se derivaba de los mismos principios adoptados por los renovadores; y así, tuvo que ser la tiranía de Rosas la que hiciera triunfar ese principio de libertad que reclamaban las diferencias regionales, el caudillismo existente y la extensión del desierto.

Vencido el despotismo vuelven a imperar los idealistas representados doctrinariamente por Echeverría y Alberdi y en la esfera pragmática por Sarmiento y Mitre. Sanciónase la Constitución con una amplitud de miras que aún no ha sido superada, y que confiere al pueblo argentino un destino trascendente cuya realización ha de convertirle en iniciador de una cultura fundada en el principio de solidaridad social.

Vienen luego las tres grandes presidencias: Sarmiento, Mitre y Avellaneda. El primero es el ímpetu proteico y renovador que modifica, plasma y eleva la substancia nacional. Es la potencia transformadora del genio hispánico que, contenida y cristalizada secularmente, retoma su corriente con torrencial violencia e impone a la nación un ritmo acelerado y ascendente cuyo febril dinamismo preside todavía su

evolución. Mitre — paradoja singular que adquiere valor simbólico — no obstante su condición de militar es el genio civil y ciudadano que encauza a la nación por los caminos de la concordia y la paz, por los amplios senderos del trabajo, la democratización y la cultura. Con idéntico gesto fraternal hace la guerra y la política, la historia, la poesía y el periodismo. Avellaneda es el lírico suntuoso, gran señor del poder y de la palabra que cincela sus discursos con amoroso deleite y derrama en torno suyo la bondad. Su presidencia es el canto del cisne de aquel período idealista. Sucede a éste el ritmo económico. Se constituye una oligarquía que gobierna la nación con fines de desarrollo material y ejerce sobre la masa un despotismo ilustrado. Fórmase una aristocracia política y ganadera que va substituyendo lentamente los intereses comunes por los suyos propios y perdiendo contacto con el alma colectiva. Abandonado el impulso superador entrégase ciegamente a los deleites del sensualismo y forma generaciones semicultas, escépticas y elegantes, para las cuales la vida se condensa en el lujo y el placer. Su condenación la ha formulado Bunge en "La Educación" y en "Nuestra Patria". "Dolorosas y bien pesimistas páginas — dice en esta última — me ha inspirado, en otra oportunidad, la psicología de la clase directora, especialmente de la juventud rica, tan ociosa, frívola y burlona. Su carácter, si es que alguno tiene, no es sin duda simpático; con ella "no se hace patria". Tiene los defectos de la psicología criolla, y refinados, so-

breaguzados por la vanidad y el boato. Felizmente, si su ejemplo y su influencia preponderan aún, mañana caerán, y de pronto, como piedra en el abismo".

Había perdido esa clase el contacto con el pueblo y flotaba a la deriva, envuelta en un ambiente de mentiras doradas. Ese es el cardinal defecto latino y principalmente hispánico. La incapacidad para formar clases dirigentes a quienes no embriague ni pervierta la riqueza y el poder. Pero el impulso nativo y la afluencia inmigratoria imponen a la Argentina ritmo demasiado intenso para que pueda estancar su evolución el extravío sensualista de sus dirigentes.

Empieza ya la reacción en el 90. Acaudilladas por el verbo incorruptible y flamígero de Leandro Alem se forman las huestes cívicas. Por primera vez en el país se engendra entonces una corriente reivindicatoria que procede del pueblo y clama por el imperio de la Constitución. El civismo popular, como oleaje de borrasca, bate los murallones del privilegio político estallando las revoluciones del 90, del 93 y el 905. La aspiración reivindicatoria encuentra su hombre inspirador y guía en Hipólito Yrigoyen quien se convierte en símbolo del pueblo. La presión creciente de esta fuerza determina la sanción, en 1912, de la ley del voto secreto y obligatorio cuyas consecuencias equivalen a la revolución.

Las elecciones de 1916 llevan a la presidencia al Dr. Hipólito Yrigoyen, el caudillo del pueblo, y comienza una era nueva para la democracia argentina. Irrumpen las energías populares y la fuerza de la ju-

ventud; se realiza la Reforma Universitaria; quebrántase el poder de la oligarquía y otra vez se pone en marcha el pueblo argentino alumbrado por el sol de Mayo.

La nación se alza a las cumbres de sí misma; empieza a destacarse con vigor personal sobre el horizonte de los pueblos y un resplandor de renacimiento ilumina las mentes argentinas. La juventud se entrega gozosa a devaneos literarios y surgen los movimientos renovadores. Rompe a cantar la poesía alegrando la esforzada brega con sus trinos balbucientes, entre los cuales destaca la voz de algún poeta verdadero. Aparecen, por primera vez, dos obras de arte puro saturadas del espíritu moderno que ondula sobre el mundo. "Zogoibi" y "Don Segundo Sombra" revelan, súbitamente, una plenitud de madurez en el sentimiento artístico argentino. Ellas otorgan al país el cetro de la vivencia del castellano en este instante. Han reunido la hondura de la esencia tradicional argentina, netamente criolla y de raigambre ibérica, a la emocional frescura de la forma en que florece la modernidad.

Ya está la nación en marcha. Prosperan y se acrecientan sus energías materiales; se ajusta y perfecciona su organismo político, y fermentan las potencias de su espíritu. Se dirige a la fusión esencial del hombre, a la instauración de una mayor justicia, a la conquista integral de la existencia.

No existe poder humano capaz de detenerla en su camino.

III

LAS DOS FUERZAS HISTORICAS

Liberalismo individualista y democracia

Las dictaduras hoy imperantes en el mundo — soviética, fascista o militar — han puesto en circulación, entre gentes intelectuales de tendencia más o menos autocrática, la teoría de que la libertad ha fracasado y que ha llegado el momento de la autoridad, de la asunción del poder por "los mejores" — que serían los que se consideren a sí mismos como tales, y ¿quién habrá tan modesto, o resignado, que voluntariamente se aliste entre los peores? — Alguno de ellos, más extremoso y desorbitado, se ha dejado llevar a la singular revelación de que por fin ha llegado para el mundo la hora de la espada; como si el imperio de la fuerza, que representa la espada, fuese conquista del porvenir en vez de característica del pasado, del cual vamos liberándonos a costa de gran esfuerzo.

Tales manifestaciones extremistas son, en realidad, el hipo agónico de un régimen que perece. Porque lo que ha fenecido con la guerra mundial no ha sido la libertad ni la democracia, sino la autocracia

y el liberalismo histórico, individualista, que son su polo opuesto. Antes ya de estallar la guerra mundial había agotado el espíritu la curva de individualización e iniciaba su vuelta a lo colectivo; pero la amenaza imperialista, que pretendía someter la individualidad, le obligaba a mantenerse en actitud defensiva. Terminada la contienda con la derrota de los imperios centrales y la desaparición del cesarismo ruso, hallóse libre el espíritu para abandonar su posición individualista y entregarse plenamente al impulso colectivo. Este movimiento afirmativo del espíritu humano ha llevado a Keyserling en "El mundo que nace" a sentar la afirmación siguiente: "la era democrática, en términos generales, está ya superada". "Puede decirse que un movimiento está terminado, tan pronto como ha alcanzado su meta. Precisamente por haber vencido el pensamiento democrático en la guerra mundial es por lo que está surgiendo por todas partes un nuevo orden aristocrático". Es un método muy ágil el usado aquí por Keyserling, para escamotear los hechos. Según él por haber triunfado la democracia en la guerra, ha fracasado, también, en ese instante. ¿Cómo un hombre tan agudo como Keyserling puede sostener que un movimiento ha alcanzado ya su meta, y aun ha llegado a agotarse, en el preciso momento que inicia su parábola? ¿No será, más bien, que en este caso le engaña su deseo, su tendencia subconsciente de aristócrata social? Nosotros, precisamente, entendemos lo contrario: que es ahora cuando se inicia un movi-

miento de democracia mundial, y que las formas autoritarias que reviste, no son más que sucedáneos transitorios, hasta tanto se organiza, de los poderes que substituye. Tanto el sovietismo ruso, como el fascismo italiano, no son más que movimientos democráticos. Es en nombre del pueblo, de la voluntad mayoritaria, simulada o no, como gobiernan el soviet ruso y el Duce Mussolini. Son fuerzas que proceden de la entraña popular. Las dictaduras guerreras mismas significan el imperio de una clase que es la más viviente o poderosa, en ese instante, en el pueblo respectivo. Lo que en realidad ha terminado, y para siempre quizá, es la época del individualismo, tanto liberal como autocrático. Podrá haber nuevos Lenines que encarnen la voluntad, el ideal de las masas, y dictatorialmente lo impongan. Pero no Napoleones, ni Guillermos, que gobiernen en nombre de sí mismos. La humanidad ha superado la esfera individual y penetra en el plano de lo colectivo. Nadie que hable en nombre propio, únicamente, podrá significar nada en adelante. Sólo las masas imperan; representadas, naturalmente, sea por una minoría, o por un hombre solo. Ha terminado, por tanto, su misión el viejo liberalismo, que es la tendencia individualista y oligárquica; y triunfa, en su lugar, la democracia con carácter compulsivo. Antes que pueda llegar a la meta esta tendencia ha de recorrer un vasto ciclo y revestir un carácter universal comprendiendo también en esa órbita al sufragio femenino que apenas si se ha iniciado. Y cuando termine esa parábola no

quedará suprimida la voluntad común, sino simplemente estructurada.

El liberalismo histórico, que era el individualismo en sus diferentes formas, es el que empieza a eclipsarse, quedando reducido, simplemente, a la esfera interior de la conciencia. Pero en el plano exterior dominará, como corresponde, la voluntad de la mayoría, que es lo que significa democracia. El liberalismo histórico, en su aspecto elemental, estaba constituido por la oligarquía de intelectuales, de políticos o autócratas, que ejercía en cada país el despotismo ilustrado. Esa índole de gobierno que entre nosotros ha sido denominada, por antonomasia el "Régimen" ha terminado ya su misión. Está muerta y enterrada por la conciencia pública. Ello implica, al mismo tiempo, la caída del intelectualismo. La característica disociativa de éste y su tendencia individualizante ya no tienen cabida en el nuevo régimen. La razón, que era el órgano expresivo de la intelectualidad, ha cedido su puesto a la intuición que procede del centro esencial del ser donde se opera la unión de todos los hombres, cualquiera sea su grado de evolución. Vamos a lo colectivo, al imperio compulsivo de la voluntad mayoritaria. Este impulso común lleva en sí mismo elementos suficientes para su renovación constante a medida que lo exiga la realidad exterior. Puede encarnarse en un hombre, como Yrigoyen lo encarna en la actualidad; puede transformarse en minoría ejecutiva, y también puede llegar a estructurarse sin dejar de ser la voluntad común representativa del

conjunto. Pero ha de nacer de abajo, del anhelo multitudinario, que es el signo que preside los tiempos nuevos. Todo el que no se sienta capaz de obedecer a la multitud, y mandarla al mismo tiempo, obrando en nombre de causas y de fuerzas superiores, no tiene papel alguno que representar en el gobierno futuro de los pueblos. Ha terminado ya el ciclo del liberalismo claudicante, del despotismo ilustrado, del socialismo doctrinarista, y del anarquismo desintegrador. Vamos a la integración afirmativa. Al imperio de las masas, sometidas a su vez, a los valores éticos.

Tal es la época de democracia que comienza en la que desaparecerá el imperio de las castas para ser reemplazado por el ejercicio de funciones, sin otra categoría, ni otro valor, que los del carácter transitorio que revistan. En esa democracia que se inicia llegará a tener cabida, con el tiempo, la representación femenina, integrándose con ella la voluntad general. Y se formará, de esa manera, la conciencia colectiva que haga de la nacionalidad una personalidad consciente donde no haya exclusiones ni privilegios.

La orientación que ha emprendido la Argentina en ese nuevo camino le asegura un puesto de avanzada en la evolución futura.

IV

POLITICA IDEALISTA, POLITICA DOCTRINARIA Y POLITICA LOGRERA

Es un lugar común harto difundido el de vituperar a los políticos y a la política considerándoles responsables de todos los males públicos y aun privados. Se han agotado contra ellos los adjetivos más denigrantes.

Esa cantinela de los anarquistas ha logrado naturalizarse como dogma indiscutible en la opinión, la cual ha oscilado siempre entre dos extremos: el de esperarlo todo de los gobiernos y la política o el de cargarles en cuenta todos los defectos colectivos. Nuestra modorra latina y nuestra pereza criolla se avienen muy bien con ambos. Los intelectuales especialmente, los jóvenes literatos, revisten su indiferencia hacia los ideales colectivos y los intereses comunes con una túnica blanca de virginidad cívica que recogen con remilgos de púdica damisela ante las profanas impurezas de la política, que son las impurezas de la realidad. "Yo no me meto en política" suele exclamar mucha gente para convencernos de su honestidad. Como autorizada representación de este

bizantinismo efébico, Ortega y Gasset, en España, ha formulado el credo de esa postura hédonica, definiendo al propio tiempo su posición ante la política, con la teoría singular de que el ejercicio de la inteligencia es un deporte y nada tiene que hacer en el gobierno ni en el manejo de la cosa pública. Será, sin duda, muy cómoda esa teoría para un señor profesor de filosofía y colaborador de la gran prensa, para quien ese deporte resulta productivo y le ahorra los peligros que pudiera ocasionarle la aplicación de la inteligencia a los problemas políticos españoles, singularmente en la época actual en que los destinos de ese pueblo se meditan con el casco y se rigen y gobiernan con la espada. Pero es bastante desenfadada la pretensión de Ortega y Gasset de erigir en ley universal su caso propio. No obstante la abundancia y precisión de sus armas dialécticas, como que han sido forjadas en arsenales germánicos, le sería difícil demostrar que los pueblos se han emancipado y redimido prescindiendo de la inteligencia y empleando ésta como un deporte desinteresado.

¿Cómo sería lo que es el pueblo argentino si Alberdi, Sarmiento y Mitre, y en la actualidad Yrigoyen, hubiesen aplicado su inteligencia a ejercicios deportísticos? Podría señalarse el grado de estancamiento evolutivo en que se encuentra un país por el uso deportista que se haga en él de la inteligencia; pues cuando un pueblo se encuentra en pleno crecimiento necesita utilizar todos los recursos de su inteligencia para hallar adecuada solución a sus problemas vitales.

¿Qué pensaríamos de un hombre que nos dijere: no malgaste Vd. su inteligencia en organizar su vida ni en dirigir sus asuntos personales; trabaje, viva, negocie, pero no piense Vd. en ello; no se preocupe de sus miserias, necesidades o aspiraciones; abandone esa tarea al rutinario poder de la costumbre o deje que la gobierne la providencia. Y consagre Vd., entre tanto, su inteligencia a robustecerla y afinarla en un deporte, es decir, en un estudio sin objeto ni finalidad.

¿No pensaríamos que estaba loco quien se atreviera a emplear un lenguaje tan desatinado como éste?

¿Y cúal es la diferencia substancial que existe entre los asuntos personales y los intereses del Estado?

¿No es acaso, simplemente, la diferencia del radio que respectivamente abarcan?

Juzgamos preferible la doctrina que establece Bernard Shaw en las siguientes palabras de "Hombre y Super-hombre":

"Diablo. — De qué sirve el conocimiento?

Don Juan. — Pues para hacernos capaces de escoger la línea de la mayor ventaja en vez de dejarnos llevar por la línea de la menor resistencia. ¿No llega mejor a su destino la nave con gobernalle que el leño que flota a la deriva? El Filósofo es el timonel de la naturaleza. Y ahí tenéis vuestra diferencia: el estar en el infierno es flotar a la deriva; el estar en el cielo es llevar el rumbo".

Es evidente que tanto Ortega y Gasset con su teoría del deporte como nuestros intelectuales con su in-

diferencia política a lo que aspiran es a vivir y a mantenernos en el infierno. Y en verdad que lo consiguen, en la parte que les corresponde, y en cuanto alcanza su influencia deletérea.

No menos absurda que esta de Ortega y Gasset, y concordante con ella, es la teoría de Spengler a quien la visión naturalista, casi mecánica, de la vida le priva de percibir la función de los valores espirituales. En la página 32 y siguiente del tomo III de "La decadencia de Occidente" divide a los hombres en soñadores y activos asignando a estos últimos una primacía absoluta sobre los primeros a quienes niega toda influencia en la realidad. Y no la niega sólo a los pensadores, sino al pensamiento mismo. Afirma, en consecuencia: "ni una de sus teorías, aun las que han aparecido bajo la égida de una religión o de un nombre famoso, ha logrado nunca alterar la vida en lo más mínimo. Lo único que han hecho ha sido inducirnos a pensar de distinta manera sobre la vida". ¿Y quién nos mueve en última instancia, si no es el pensamiento?

Y continúa en otra parte: "Los hombres de tipo teorético cometen un gran error al creerse colocados en la cúspide y no a la retaguardia de los grandes acontecimientos. Esto significa desconocer por completo el papel que representaron en Atenas los sofistas o en Francia Voltaire y Rousseau". Nos parece que quien desconoce aquí ese papel, no por ignorancia, desde luego, sino por cortedad de miras o *parti pris* es el señor Spengler.

Ratifica su concepto con estos otros: "Las pisadas del hombre de acción suenan más distintas, más radicales que las del pensador y soñador, en quien lo puramente microcósmico no llega a poseer una relación firme y fija con la tierra". "Porque sólo el hombre activo, el hombre del sino vive en última instancia la vida del mundo real, mundo de las decisiones políticas, militares y económicas, mundo en el cual ni los conceptos ni los sistemas tienen cabida. En este mundo, un buen porrazo vale más que un buen razonamiento".

En otra parte exclama: "Platón es eterno — para los filólogos" — Basta, lo que en realidad quiere decir Spengler es que la vida activa no la rige el pensamiento, sino el impulso subconsciente. Pero ¿qué es la subconsciencia si no es una conciencia sedimentada? ¿Qué es la acción sino el reflejo y la encarnación de un pensamiento, todo lo lejano que se quiera? ¿Qué es lo que puede mover a un hombre, o un pueblo, sino su idealidad? Y ¿qué es la realidad, en definitiva, sino pensamiento? Contradice en forma terminante esa teoría de Spengler la siguiente afirmación de Keyserling:

"Todas las cosas en Alemania se hallan en movimiento. Nada existe en el mismo estado que antes. Pocas gentes hay aquí que deseen conservar nada estacionado. Todo el mundo está tratando de recobrar lo perdido, tanto individual como nacionalmente. *Pero toda esa tremenda actividad está inspirada por las ideas y no por hechos.* En este sentido la Alema-

nia de la post-guerra puede justamente ser calificada de gran laboratorio" (Hermann Keyserling "Germany: The World's Laboratory". *The Yale Review.*

Véase, asimismo, el caso de Yrigoyen, hombre soñador por excelencia, quien por haber traducido sus ensueños en su acción llega a convertirse en eje de los destinos de un pueblo.

Pero volvamos a esa cuestión tan debatida y manoseada de la inmoralidad política y del desprecio que manifiestan hacia ella muchas personas decentes. ¿Qué es la política, en realidad, para que resulte tan indecorosa? Es simplemente la lucha por el poder colectivo, con el cual se administran los intereses comunes y se imponen las orientaciones a los pueblos. Decir que eso es inmoral es como sostener que es inmoral ocuparse del gobierno y la administración de nuestra casa propia. Otra cosa muy distinta es decir que se cometan inmoralidades en esa administración y ese gobierno; lo cual es muy natural, por otra parte, si abandonamos la vigilancia, el contralor de esa función; como también se cometerán en nuestra casa si en lugar de dirigirla nosotros mismos la entregamos a manos mercenarias. Lo que en realidad puede afirmarse a ese respecto es que en el campo político es donde se advierte más la debilidad moral del hombre, y ello es perfectamente natural. Porque las tres tentaciones de los hombres, las que ponen a prueba, en realidad, su hombría, son: el poder, el dinero, y la mujer. Y como precisamente la política se relaciona de un modo más o menos directo con esas tentacio-

nes de ahí que en ella se evidencie, más que en ninguna otra esfera, la flaqueza humana. Puesta a prueba la virilidad interior ante tales tentaciones pocos hombres son los que conservan su posición vertical; la mayoría de ellos doblan el espinazo y algunos hasta descienden a una ancestral posición en la que también las manos ejercen el oficio de los pies. Es natural que esa inclinación no la habrán adquirido en la política, sino que ya la tendrían latente. Pero si se sienten vigilados se retendrán mucho más que si advierten que nadie les observa; como un administrador procederá más correctamente, en general, cuando sabe que ha de rendir cuentas.

De modo que quien rehusa su intervención en política "para no contaminarse" no hace más que denotar sus tendencias ocultas de cuadrumano; y al apartarse de ella por estimarla inmoral se reconoce cómplice voluntario de esas inmoralidades.

Pero, en realidad, existen tantas formas de política como las clases de hombres que la practican. Para definirlas las agruparemos en tres órdenes principales: política idealista, doctrinaria y logrera.

Idealista es aquella que se inspira en una íntima ambición de mejoramiento colectivo, de elevación nacional, y que no pretende nada para sí. Esta es la que constituye un apostolado en el cual se funden la doctrina y el ejemplo, y cuyo valor más alto y esencial, cuyo resultado más excelso, estriba en el sentimiento de unión y comunidad, de principio inmutable y perdurable, por encima del tiempo y de lo contingente,

que despierta en la masa de los hombres y enciende en los partidarios. Esa es la que ha realizado el partido radical, dirigido y animado por el pensamiento y la obra del Dr. Yrigoyen. Reviste dicha política la cualidad fundamental de tender a borrar las diferencias externas entre los hombres y generar, de ese modo, la conciencia colectiva como conciencia viviente de la nación.

Política doctrinaria es la que ejerce un partido, ya sea de clase o no, que pretende implantar una teoría, establecer un molde determinado, económico o político; y cuyas finalidades, por lo tanto, más que contemplar el bien del pueblo, sus necesidades o su voluntad, se dirigen a lograr el triunfo de sus principios. Esa ha sido, hasta ahora, la política del partido socialista el cual parece dispuesto a substituirla por la que él llama política criolla.

Y logrera, por último, es aquella que se funda en el impulso de ambiciones personales, sustentadas por caudillos cuya aspiración estriba simplemente en saciar sus apetitos de poder o de riqueza; de conservar y acrecer sus intereses y los de la clase o de la banda que le sostienen y apoyan. Esta ha sido, en todo tiempo, la política de clase y oligárquica en cuyas manos se ha debatido la nación durante tantos años y que pretende, de nuevo, apoderarse de ella.

V

SENTIDO DEL RADICALISMO

"La Nación Argentina no admite prerrogativas de sangre, ni de nacimiento; no hay en ella fueros personales ni títulos de nobleza. Todos sus habitantes son iguales ante la Ley, y admisibles en los empleos sin otra condición que la idoneidad". Este amplísimo principio que establece la Constitución, así como muchos de sus preceptos, constituye todavía una norma revolucionaria. El concepto hereditario de la casta continúa informando nuestra vida colectiva. En la realidad social hay prerrogativas de la sangre por descendencia de próceres, o de grandes políticos y estancieros. Hay fueros personales y casta aristocrática, constituídos por la posición que otorgan el dinero y el poder. Y existe casta intelectual que a falta de pergaminos de nobleza convierte en tales los títulos universitarios. Y por encima de ese esterilizante orgullo de casta no poseemos principio ni sentimiento común que una a los hombres, como ocurre con la religión en los Estados Unidos. Porque la patria es entre nosotros una abstracción que se invoca para perseguir ideas renovadoras, equivocadas o no; y la

religión consiste en tradición intangible y rígida que sólo se manifiesta por la intolerancia, como ha ocurrido recientemente con Carlos Alberto Leumann. Sucede, así, que las fuerzas plasmadoras, que debieran ser lazo de unión, se truecan en instrumentos de separatividad y de odio por virtud del imperio de las castas que mantienen como norma un egoísmo suicida. No hay, en efecto, nada más disolvente que ese instinto de separación. Como el ideal de cada uno consiste en elevarse, en distinguirse y alejarse del pueblo, nadie puede pensar sinceramente en educar a la masa ni en favorecer su elevación. El pueblo, entre nosotros, es tabú; es la plebe, todavía, aun para los mismos que se creen demócratas. Hacia el común de las gentes, o sea aquellas que no están más altas que nosotros, sentimos el desprecio desdeñoso de los patricios romanos. Las muchedumbres que acuden a los actos cívicos son calificadas todavía de turbas, cuando no de "reaje". No ha penetrado en nosotros el espíritu del evangelio, ni el sentido de la democracia. Somos señores feudales encastillados en nuestras ínfulas y nuestra pobreza.

Por eso mismo Almafuerte, el primer poeta argentino, en su género el único de habla castellana, murió en la soledad y en la pobreza y sus obras aun no han sido editadas. Por abrazarse a la "chusma", apostólicamente, se le aisló como a un leproso por el rampante mundo burgués.

Un afán de reptar y de ascender en la jerarquía social nos deshumaniza a todos. Nadie permite quedar-

se atrás ni que otro pase adelante de él. Los méritos son inútiles, porque estorban y ofenden, tanto a los encumbrados como a los que aspiran a subir. No es posible, en consecuencia, la asociación, ni se reconoce jerarquía de valores, ni se pueden elevar las personalidades, porque no hallan materia aglutinante en derredor suyo. Todos nos estorbamos unos a otros. Eso es lo que determina el hecho señalado por Sarmiento: que el bien público entre nosotros es una palabra sin sentido porque no hay público. En un país como este donde todo está por comenzar nadie llega a sentirse necesario, cualquiera sea su valor o su aptitud, porque nadie atiende a la obra que debe realizarse, sino al sueldo que podrá obtener o a la posición que puede conquistar. Este cucañismo permanente, típica herencia española, absorbe por completo nuestras facultades y no nos deja lugar para emprender obra alguna. Y a medida que crece la inteligencia se exacerba más esa índole reptante. Para todas las almas idealistas es repulsivo tal espectáculo, el cual engendra en las muchedumbres excepticismo desolador .

La civilización, que estriba en el dominio y la industrialización de la naturaleza, no puede fundarse en el individuo, sino en la organización colectiva. Y la cultura no es obra del sensualismo, ni de la ambición, sino producto depurado de la abnegación y el idealismo. Así, pues, todo sujeto de índole individualista, que no reconoce otra ley moral que la que le marcan su apetito, sus pasiones y su orgullo, es un inculto primario, cualquiera que sea su grado de ilustración y de inteligencia.

Esa egoísta tendencia individualizante que inspiraba a la casta dirigente, a la pseudo aristocracia política y social, es la que había conducido a falsear la Constitución y convertir al pueblo en un paria despojado de todos los derechos. Los gobiernos provinciales se convertían en feudo de una familia. Las presidencias se adjudicaban entre el grupo de notables que se atribuían a sí mismos el derecho de mandar en el país sin consultar su opinión. La prensa era la encargada de domesticar al pueblo, anestesiando su inteligencia, y haciéndole creer cuanto conviniera a la casta dominante que se repartía las prebendas. Organizábase, de este modo, una mistificación universal, destinada a ocultar celosamente la verdad para que el pueblo siguiera desconociéndola. A favor de esos resguardos se disponía impunemente de los dineros comunes. El país era una estancia que se repartían los caudillos. Las elecciones una comedia con la cual se pretendía ocultar la realidad y sancionar el despojo legalmente. Y después el poder y la justicia se utilizaban para servir y favorecer a los amigos, a los incondicionales, y hostigar y rendir al adversario.

Fácilmente se comprende que para conservar esa situación urgía mantener al pueblo en la pobreza y en la ignorancia a fin de manejarlo cómodamente y cargar a su incapacidad política la necesidad de administrarlo por cuenta propia. Esa situación de privilegio es la que aspiran a *conservar* los conservadores. Para dar un barniz de humanitarismo y de pre-

visión social a su despojo dicen que el pueblo no está preparado para ejercer los derechos que le asigna la Constitución, la cual afirman que todavía es muy adelantada para nuestra época. Ese argumento tan repetido hace oportunas las siguientes palabras de Chesterton, el agudo pensador inglés, en su "Pequeña historia de Inglaterra": "Al obrero, — dice — al carpintero, al tonelero, al albañil, les han enseñado que la Carta Magna es algo tan remoto como el pingüino, con la diferencia de que su casi monstruosa soledad no se debe a que se haya quedado atrás, sino a que se adelantó a su tiempo. Pero nunca les han dicho que la tela misma de la Edad Media está tramada con el pergamino de las cartas y privilegios; que la sociedad fué en otro tiempo un verdadero sistema de cartas, y esto en un sentido que precisamente le interesa mucho al obrero. El carpintero ha oído hablar de las cartas de los barones, dictadas, sobre todo, en apoyo de los privilegios de los barones; pero nunca le han dicho una palabra sobre las cartas de los carpinteros, de los toneleros y demás gremios parecidos"...

"Finalmente, para contar lo poco que se me alcanza de esta verdadera historia, ofrezco una muy sencilla excusa y razón. En mis muchas andanzas he tenido ocasión de conocer a un hombre que había vivido relegado a las últimas dependencias de una gran casa, sólo alimentado con los desperdicios, y cargado, en cambio, con todos los trabajos. Sé que pretenden justificar sus quejas y justificar su miserable

estado con unas historias que le cuentan: de cómo su abuelo fué un chimpancé, de cómo fué su padre un hombre silvestre cogido por unos cazadores, quienes lo domesticaron hasta reducirlo a un término cercano a la inteligencia. A la luz de estas explicaciones, el pobre hombre debe vivir agradecido a la existencia casi humana que ahora disfruta, y contento con la esperanza de dejar tras de sí un animal algo más evolucionado. Pero he aquí que el sagrado nombre de Progreso, con que semejante historia se ampara, dejó de satisfacerme en el mismo punto en que sospeché — y descubrí — que era una impostura. Y ahora sé ya lo bastante sobre el origen de mi hombre, para darme cuenta de que no viene evolucionando desde abajo, sino que — sencillamente — le han desposeído de su puesto natural. Su árbol genealógico no tiene nada de común con el árbol del mono, si no es que en sus ramas haya podido columpiarse algún mono: Su árbol es más bien como el árbol invertido — las raíces al aire — que figura en el escudo de aquel caballero misterioso, cuyo emblema dice: "Desdichado".

Ese descubrimiento de Chesterton lo realizaron acá, también, los revolucionarios del 90. Comprendieron que la excusa de que el pueblo no estaba preparado para ejercer sus derechos era una simple superchería y encubría una usurpación.

Adoptaron, por tanto, como lema de su oposición al régimen oligárquico tres principios muy sencillos: mantenimiento de las libertades públicas; libre ejer-

cicio del derecho del sufragio, sin intimidación y sin fraude, y pureza de la moral administrativa. En rigor estos principios pueden reducirse a uno, que es el libre ejercicio del sufragio.

Un enunciado tan simple como ése entraña, sin embargo, los elementos de una vasta y profunda renovación siempre que haya quien lo sepa interpretar. Por eso el radicalismo no ha querido nunca urdir programas y ha adoptado como plataforma la de la Constitución, lo que parecía a sus enemigos una perogrullada.

No obstante, ese programa era, en realidad, el más amplio que podía adoptarse. ¿Qué revolución más grande, qué idealismo más alto se puede propiciar que el de aplicar los principios de la Constitución? Nada más el ejercicio del sufragio libre, la aplicación estricta del voto secreto y obligatorio, se ha advertido *a posteriori* que constituye un elemento revolucionario, destructor del dominio de las castas. Se ha comprendido, por fin, que con el ejercicio del sufragio libre ya no resulta una broma para consolar a los incautos el precepto constitucional de que no se admiten prerrogativas de sangre, ni de nacimiento, ni fueros personales. El voto de un magistrado, el de un patricio, el de un terrateniente que detenta leguas y leguas de campo tiene el mismo valor que el de un analfabeto, de un obrero cualquiera que no posee ninguna ilustración ni más bienes que el fruto de su trabajo. ¡Qué enorme injusticia!, exclaman estos señores autócratas rezagados que no han entendido aún

la Constitución y se imaginan vivir en tiempos medioevales, o más atrás todavía. Esa enormidad, señores míos, es el espíritu del evangelio respecto del cual ustedes proceden como idólatras. Esa enormidad es hija de la revolución francesa donde costó tanta sangre el proclamar los derechos del hombre, y de la cual es hija legítima la emancipación americana. Parece ser que ustedes no se han enterado aún de que la República Argentina se alzó sobre aquel volcán del 93, y de que la mayoría de los próceres, a los cuales se rinden homenajes en las conmemoraciones de las fiestas patrias, y cuyos nombres designan las calles y las plazas de nuestras ciudades, les espantarían, si resucitasen, con sus ideas revolucionarias.

Esa sencilla igualdad del voto es, en efecto, una enormidad. Significa que ante la soberanía de la República cada uno de esos hombres humildes, ignorantes y harapientos, valen tanto como el más soberbio de los potentados y todos juntos más que él. Significa que si los ilustres, los sabios y los ricos desean que no les gobiernen los anónimos, los ignorantes y los pobres tendrán que descender hasta la masa para ilustrarla, elevarla, y proporcionarle condiciones más holgadas de existencia. Significa que no impera el poder inamovible de una casta, que se había ungido a sí misma con el derecho del mando, sino la voluntad de la mayoría, que es la voluntad de la República. Significa que nadie es despreciable, por más inferior que sea su condición; porque posee una partícula del poder colectivo que no le puede ser arrebatada; y

que todos los caminos y jerarquías se hallan abiertos al hombre de voluntad y de inteligencia, si pone éstas al servicio colectivo.

Porque no basta ya la inteligencia, la riqueza y los títulos académicos para gobernar la multitud. Hay que llegar hasta ella, hay que hablarle con sinceridad y servir sus intereses e ideales, que son los colectivos. Hay que crear, así, la fuerza colectiva y engendrar el sentimiento de comunidad. ¿Para qué, pues, más programa que el del sufragio libre? El es la condición fundamental de una democracia. Mientras no se encuentre asegurado, todo lo demás es charla y confusionismo engañador. Nada es tan revolucionario como la efectividad del sufragio libre. El puede, por sí solo, ir realizando todas las renovaciones que exijan las circunstancias y que requiera la mayoría del electorado. Por eso, para las clases conservadoras se ha hecho tan temible y tan odioso el hombre que representa ese principio en toda su pureza, el Dr. Hipólito Yrigoyen; quien con esa bandera ha puesto en pie de combate a la democracia, ha trocado en realidad la Constitución, ha regenerado al país, y le ha hecho retomar el curso de la revolución de mayo que había sido traicionada por la oligarquía.

VI

LA QUIEBRA SOCIALISTA

El socialismo marxista, procedente de Alemania, introdujo, por primera vez en el mundo, en el plano de las fuerzas económicas, la norma de los valores colectivos; a la vez que se iniciaba con Bakounin el desarrollo de la tendencia individualista que culminaría más tarde en Max Stirner y Nietzsche. Esas dos corrientes antagónicas: colectivismo e individualismo, han seguido como es lógico, caminos diferentes, teniendo la una por objetivo a la sociedad y la otra al individuo; pero carentes las dos de valores superiores de naturaleza ética que sólo pueden brotar de un conocimiento místico de la vida del espíritu como el que poseen las razas orientales. La positiva elevación del hombre a un plano integral de la existencia sólo se producirá cuando se encuentren y se fundan esas dos corrientes, la individual y la colectiva, cada una en su plano, fecundadas por el sentimiento espiritual de la identidad del ser con el todo; problema que fué visto y enunciado por Jaurés pero sin llegar a trascender en la acción y la doctrina socialista. Así, pues, el socialismo, o sea la corriente colectivista,

tiene contrarrestado en la actualidad su impulso difusivo, su eficacia de realización, por el desconocimiento que hay en sus teorías de la personalidad individual y la ausencia de valores éticos, de substancia idealista, en derredor de cuyo eje cristalice la visión del mundo en vez de girar en torno de la limitada y fragmentaria concepción del materialismo histórico que, como ha observado Bernard Shaw, tiene por complemento la doctrina darwiniana, de índole antisocial.

Sucedió, por dicha causa, que al estallar la guerra europea el socialismo alemán, en el cual estaba concentrada la esperanza del proletariado, suponiéndole capaz de impedir una guerra imperialista, demostró, por lo contrario, que su severa organización constituía un instrumento más de imperialismo capitalista, y quizá no el menos poderoso y eficiente. Le faltaba, según ya se ha advertido, personalidad individual y valores superiores para oponerse a los planes de conquista del militarismo germánico y los servía, en consecuencia, con docilidad. Entonces reaccionó el socialismo ruso y tras la caída de Kerenski se transformó en maximalismo, o triunfó, mejor dicho, esa tendencia extremista e impuso la dictadura del proletariado.

El socialismo marxista evolutivo recibió con ese triunfo, corroborado por el fracaso en Alemania, un golpe decisivo, irremediable. Necesitaba cambiar sus métodos so pena de perecer. Al llamado de los socialistas rusos, que fundaron la tercera internacional,

se organizó en casi todos los países el partido comunista el cual adhirió a los principios bolsheviques, aunque nada más teóricamente, desde luego. Y el antiguo socialismo continuó vegetando. Acentuó su índole política y en vez de evolucionar hacia las izquierdas se inclinó al conservatismo.

Así ha ocurrido en Italia donde parte de las fuerzas socialistas transformáronse en fascismo; mientras en España el partido socialista se trocaba en el único puntal político de la dictadura militar. De igual modo en nuestro país, movidos únicamente por el despecho que provocó en ellos el triunfo radical de las elecciones últimas, los socialistas se han erigido en aliado tácito de las fuerzas reaccionarias. Ello es la confirmación de las palabras de Spengler: (t. IV, pág. 275) "El marxismo, que en teoría es una negación de la burguesía, es hasta la médula burgués en su actitud y conducta como partido".

Pero no es eso todo. Obligado a cambiar sus métodos de acción para escapar al peligro de momificarse se decide por la táctica de la *real política*, o sea la que prescinde de los principios doctrinarios y se dirige al triunfo inmediato por los caminos más cortos. Es el procedimiento maquiavélico en su cruda desnudez materialista, que se traduce, también, por la máxima jesuítica de que el fin justifica los medios; aunque en el presente caso ni los medios ni el fin tienen justificación posible.

Y en la alternativa de elegir un enemigo escoge como blanco de su acción al partido radical, o sea al

único avanzado de la República, de entre los grandes partidos. Dirige contra él su táctica, uniéndose para ello a todos los elementos conservadores, sus enemigos tradicionales, con quienes traman, sin duda, pactos secretos a fin de constituir, con la unión de todas las fracciones, una mayoría adventicia.

Inicia la nueva táctica presentando el proyecto de intervención a la provincia de Buenos Aires fundándolo, por carencia de motivos reales, nada menos que en la represión del juego; tan desarrollado, o más, que en la provincia, en cualquier otro punto del país, en la Capital especialmente. Eliminando todo pretexto, suprimen los radicales la lotería de la Caja de Ahorros, los hipódromos y los casinos. Al día siguiente, en una conferencia organizada por el partido socialista en Buenos Aires, da cuenta Adolfo Dickmann, el autor declarado del proyecto, del resultado aludido y comenta: "Este es el éxito mayor registrado en la historia de todos los partidos socialistas del mundo". La substancia de comicidad que encierran esas palabras reclama las carcajadas de Rabelais. Sostuvo a continuación que, sin embargo, no se conseguiría "el triunfo absoluto" (¿la implantación, sin duda, del comunismo?) sino llevando adelante la iniciativa socialista, o sea la intervención. (Es sabido, y así lo han confesado en declaraciones públicas algunos de los centros socialistas, que el motivo real de la intervención era exclusivamente político y se proponía torcer la voluntad del electorado en la próxima elección presidencial a favor del "contubernio").

Puede afirmarse, pues, sin vacilaciones que este caso constituye uno de los ejemplos más ostensibles de abdicación de principios doctrinarios y de sus fines sociales, registrado en la historia de todos los partidos socialistas. El mismo autor de la iniciativa, el senador Justo, había algunos meses antes condenado una maniobra análoga, descubriendo sus motivos reales con las siguientes palabras: "la provincia de Buenos Aires es la reina, en el tablero del ajedrez de la política criolla, y hay que apoderarse de la reina."; y meses después de dichas tales palabras aparece encabezando una de las maniobras más audaces y desatentadas de la que él denomina despectivamente política criolla.

Véase, pues, la caída estrepitosa del socialismo criollo que de las alturas del internacionalismo obrerista y de la emancipación social desciende hasta sumergirse en los pantanos del logrerismo conservatista, de los inmorales *tripotages* en los cuales se hace tabla rasa de la ley, de la Constitución, de la moral, de los derechos del pueblo y de todos los principios, para asaltar posiciones y repartirse después los beneficios por tales medios logrados.

En el manifiesto publicado por los legisladores socialistas, explicando las razones de su desistimiento o sea las de haber desaparecido el pretexto que invocaban, — a pesar de lo cual todavía algunos de ellos seguían siendo partidarios de la intervención — afirmaban con énfasis: "Es un espléndido triunfo en el mejor sentido de la palabra". Y después de hacer

la apología de su conducta injuriando al adversario, según es su costumbre, terminaban diciendo:

"Mientras no consiga acallar las varias rencillas de las facciones de la política criolla, se valdrá de ellas, siempre que pueda, en bien del pueblo y del progreso político y social de la República".

¡Cuánta ceguera moral y qué insolencia política hay contenidas en tan breve pero substancioso párrafo! "Mientras no consiga acallar"; es decir, que a despecho de su insignificante minoría — 19 contra 156 — son ellos los que mandan y se proponen acallar las rencillas, aunque es más lógico que procuren atizarlas puesto que piensan sacar partido de ellas. Se valdrán de esas rencillas, dicen, en bien del pueblo y del progreso político de la República. Desde luego, el bien del pueblo lo interpretan ellos a su gusto y conveniencia, pues ni siquiera a los afiliados se les permite opinar. Y el progreso político iban a lograrlo decretando una intervención arbitraria, valídos de mayoría subrepticia, contra una provincia normalmente gobernada, para falsear la voluntad del pueblo aun a riesgo de provocar una revolución. Se advierte que estos señores no están duchos todavía en el ejercicio maquiavélico, dada la ingenuidad de sus razones, o que tienen una enorme fe en la credulidad de sus afiliados.

Con razón les contestó el diputado socialista Raúl Carballo, quien tuvo la dignidad de reaccionar contra una orientación tan desorbitada, en nota que hizo pública dirigida al director de "La Vanguardia":

"No creo en la efectividad de la "táctica política" y la juzgo contraproducente para nuestro partido y para el bienestar general".

El "espléndido triunfo político" que asegura la declaración es, en mi opinión, una vana jactancia si se la considera desde el punto de vista de la realidad de su eficacia para el pueblo"...

Y después de otras atinadas consideraciones terminaba diciendo:

"Que el partido aproveche "las vanas rencillas de la política criolla" para conseguir cualquier fin, me parece un grave error, porque lo único que se conseguirá es ahondarlas haciendo que rencillas que únicamente están en los círculos políticos lleguen a encarnarse en el pueblo y transformen los actos eleccionarios, que debieran ser cultos e instructivos, en verdaderas batallas de pasiones y odios".

"El partido no puede ni debe aspirar a más triunfo que aquel que le depare la conciencia cívica de la clase trabajadora; la cual debe ir formando a base de instrucción y no pretender alucinarla con triunfos de "táctica política" que en realidad no son más que simples e inconducentes vivezas personales".

"Al cumplir con lo que considero una obligación fundamental de mi mandato, que lo hago sin ánimo de controversia, sino para que el partido conozca mi opinión en esta emergencia, hago votos para que los "tácticos políticos" se transformen en "técnicos de la política". Que técnica hace falta en el parlamento y en la administración para que pueda ser un hecho

el triunfo del proletariado que le corresponde por la fundamental ley de la democracia que es la mayoría".

Las anteriores palabras demuestran que el diputado Carballo era en demasía sincero y tal vez demasiado inteligente para figurar entre los dirigentes socialistas. La enfurecida repulsa que provocaron en ellos esas sensatas palabras revistió, por lo desmesurada, un relevante carácter cómico. Los que excomulgaron a del Valle Iberlucea por su adhesión a la tercera internacional llegan al frenesí contra Carballo a quien pretenden aniquilar con rayos de retórica barata de un jupiterismo bufo. Es evidente que en el concepto de esos señores socialistas el delito de pensar es tan grave y tan punible como en tiempos de la inquisición. Los dicterios y calumnias con que fué obsequiado por su sincera actitud revelaban a las claras que, de haber podido, lo habrían llevado a la hoguera.

Es cosa de preguntarse si con tal procedimiento piensan implantar estos señores la fraternidad humana y la libertad intelectual; y cómo nos tratarían a los profanos si proceden así con sus compañeros.

Considerando como a menores bajo tutela a los afiliados, y ya que carecían de atribuciones para expulsar por su cuenta al diputado Carballo, sometieron al voto general, no la aprobación o desaprobación del acto de Carballo, sino su expulsión del partido o su destitución del cargo de diputado, y todavía prescribiendo, con nuevo acopio de injurias, que debían votar por la expulsión. Esto colmó la medida

y constituyó ocasión propicia para que estallase el cisma latente en el socialismo. Los que pretendían acallar las rencillas ajenas revelaron en el seno de su partido un enconado avispero de rencillas. Publicóse el manifiesto en que parte de los afiliados socialistas acusaban a los dirigentes del partido de haber establecido una dictadura familiar, de ejercer un nepotismo autoritario y despótico. Ello es evidentemente exacto. La dirección y el gobierno del socialismo criollo han quedado vinculados en unas cuantas personas que imponen su autoridad con absolutista dogmatismo. Al enrostrárselo así los disidentes, no supieron contestar en otra forma que sacando, como siempre, a relucir la caja de los truenos; destapando el depósito herrumbroso de su léxico injuriante de tonos arrabaleros.

Quedó consumada, pues, la división, no por divergencia en las aspiraciones, sino por motivos de preponderancia personal; con la particularidad de que no es fácil decidir cuál es, de los dos bandos, el más desorientado o el que sigue rumbos más nocivos: si el que ejerce el monopolio de los dogmas, de la autoridad indiscutible y los cargos directivos, o la minoría organizada en partido independiente que votó en favor de la intervención después de haber desaparecido las causas aparentes que invocaban. Esto solo denota la moral en que se inspiran y los fines que persiguen esos "tácticos políticos" que pretenden redimirnos a rebencazos con estrategia audaz de aprovechadores.

Estos revolucionarios de un futuro imperfecto, en quienes puso pavor la revolución rusa — hasta el punto de combatirla y declarar el boicot a las noticias maximalistas, como cualquier diario burgués, para eludir el peligro de que pudieran trocarse en realidades sus propias predicaciones — decidiéronse, por fin, a hacer la revolución; pero una revolución conservadora, consistente en sumarse a los enemigos de la democracia, para impedir, por medio de la extorsión, el triunfo radical en los próximos comicios.

La decisión socialista al adoptar la táctica política de aliarse con sus enemigos para lograr objetivos sensuales, a costa de atropellar la Constitución y burlar la voluntad del pueblo, es, en realidad, una revolución desmoralizante que consiste en proclamar los principios de la fuerza, de la prepotencia y de la astucia, como normativos de la sociedad, en contra de la moral, el idealismo y la ley.

Con tales armas caducas se proponían vencer al radicalismo, ya que no podían triunfar en buena lid. Así también ha sido de espléndida la victoria que han logrado. Es la suya un modelo de victoria pírrica. Tal vez no necesiten otro éxito como ése para pasar al archivo de la historia. Es un castigo ejemplar de la ley kármika. Preciso es haber perdido toda noción doctrinaria y todo impulso idealista para substituir las normas éticas por la táctica del lucro en un partido de índole popular. Esta acción desorbitada debía provocar necesariamente el derrumba-

miento, que ha sido más inmediato y ostensible de lo que podía esperarse. Y todavía después de esos sucesos proponía al Senado el Dr. Justo que se investigara si se introducía en la provincia de Buenos Aires la lotería nacional, infringiendo la ley contra el juego sancionada en la legislatura bonaerense. Eso quiere decir que para el Dr. Justo la provincia ha entrado en la categoría de los menores que caen bajo su tutela como los afiliados de su partido. Esto es ya de un género jocoso y acusa caracteres de reblandecimiento. ¡Pobre Dr. Justo! Cualquiera fuese su posición había logrado tallar con su perseverancia los rasgos de una personalidad que se ha complacido él mismo en destruir. El espectáculo es triste. Es, al fin, un valor que desaparece.

De agradecer es, no obstante, que hayan revelado a tiempo su naturaleza, y sin daño para nadie, gracias a la sensatez conciliadora de Yrigoyen. Sólo han conseguido demostrar lo que podría esperar el país, el absolutismo que tendría que soportar, si cayese en manos de tales gobernantes.

Y es que el socialismo es una forma del liberalismo histórico que comporta un principio de tutelaje, de imposición autoritaria. Su tendencia es depótica, imperativa, frente a una verdadera democracia, y ésta lo rechaza, en consecuencia. Ha cumplido su misión al penetrar en las universidades y lograr que se discuta y se le estudie como una teoría económica más con la que deben contar los gobernantes al desarrollar el proceso de democratización social.

No solamente en nuestro país, donde es mucho más urgente el problema de intensificar la producción de la riqueza que el de organizar su distribución, aun cuando éste siempre sea importante; donde las clases no están cristalizadas y resulta, así, que el socialismo está constituído, en su mayoría por pequeños burgueses, y dirigido por propietarios y doctores; donde debe ser acentuado el nacionalismo en vez de combatido o neutralizado; donde lo más avanzado y democrático que puede realizarse es lo que ha hecho Yrigoyen: reemplazar el gobierno de clase por un gobierno del pueblo y una política nacional; no ya aquí, sino en todo el Occidente, y más particularmente entre los latinos, el socialismo marxista no conseguirá triunfar definitivamente, sino en forma fragmentaria, constituyendo fuerzas políticas que actúen como fermento del progreso social.

El socialismo es una reacción contra la forma actual del capitalismo y en consecuencia no logrará, como todas las reacciones, más que depurar y reforzar a éste. Para triunfar socialmente un ideal contra resistencias poderosas es necesario que esté impregnado de substancia religiosa y ética capaz de determinar la abnegación y encender el espíritu de sacrificio en sus partidarios. Pero el socialismo está fundado en motivos de interés. De manera que cuando sus afiliados han superado el plano de la necesidad ya se sienten satisfechos personalmente, y sólo pueden trocar en un medio de dominio, de preponderancia propia, sus teorías redentoristas, pero sin llegar jamás

al sacrificio ni al renunciamiento de sí mismos. Si ha conseguido imponerse en Rusia, parcialmente desde luego, es, en primer lugar, porque ha substituído a un régimen medioeval, carcomido hasta la médula; después, porque ha movido a sus partidarios el profundo idealismo religioso que constituye el fondo del carácter ruso, lo que les ha permitido erigir a Lenín en un profeta como Jesús o San Francisco; y finalmente porque la dictadura proletaria, es decir, la de los intelectuales revolucionarios, ha sido tolerable para aquel pueblo en razón de hallarse acostumbrado a una servidumbre secular.

Entre nosotros, por el contrario, los vicios de que adolecen las clases elevadas aquejan casi en la misma proporción al pueblo; los dirigentes proletarios, salvo excepciones cada vez más raras, carecen de abnegación y de espíritu ejemplarizante; su fondo ético es el mismo de aquellos a quienes tratan de reemplazar y aun a veces es peor; y el espíritu individualista y democrático de Occidente repugna las dictaduras, que solamente pueden soportar, en forma transitoria y como residuos ancestrales, los pueblos rezagados.

Por otra parte, el materialismo histórico, igual que el simple materialismo, han cumplido ya sus fines que eran los de incorporar a la visión del determinismo humano los motivos económicos y las realidades primarias. Un nuevo espiritualismo, más hondo y más real, está hoy estructurándose en la conciencia humana y va substituyendo lentamente con valores

éticos más altos el limitado materialismo determinista.

Todo esto no significa negar que sean legítimos los anhelos de justicia humana y democracia social que animan al socialismo. Se realizarán, seguramente, en lo esencial, como consecuencia de la acción evolutiva, pero por vías diferentes. En el plano del espíritu y la ética por el despertar de la conciencia colectiva que hará de la sociedad un organismo viviente donde no haya miembros subalternos, relegados o inútiles, y cada uno ocupe el puesto correspondiente a su vocación y capacidad. Y en la esfera económica por la organización técnica y racional de la existencia que regule y dirija inteligentemente y para el bien común la producción y el consumo. Pero este grave problema no depende de la voluntad individual ni puede resolverse por la fuerza. Es una cuestión de tiempo, de madurez espiritual, de conocimiento intelectivo y de progreso técnico, en cuya favorable, aunque todavía remota solución van colaborando todas las energías sociales.

VII

PERSONALIDAD Y PERSONALISMO

El elogio más cumplido de la personalidad y la obra del Dr. Yrigoyen lo han formulado sus enemigos al no encontrar otra acusación, más o menos fundada, que dirigirle a él, y a su partido, que la de ser personalistas.

Por eso al conglomerado informe de tendencias dispares, pero de ambiciones comunes, que se han visto obligados a integrar, lo han denominado antipersonalismo; cuyo nombre verdadero sería antiradicalismo o anti-irigoyenismo en último caso. Les molesta el volumen de Yrigoyen, les ofende y les irrita el entusiasmo y la devoción que por él siente el pueblo. No pueden explicarse esa afección, ese cariño ferviente de la multitud hacia un hombre que no habla en público, que ha escrito muy poco y sólo ocasionalmente; que en lugar de exhibirse y prodigarse se oculta y se recata. Comparan sus propios títulos a la popularidad — libros, discursos, acción externa y exhibicionismo — con los títulos opuestos de Irigoyen: silencio, estudio, meditación, acción intensa y constante, pero callada; y el resultado tan diferente,

tan ostensiblemente diverso, lo juzgan inexplicable, incomprensible. Sólo pueden achacarlo a una suerte de hechizo, de embrujamiento, o a la tendencia idolátrica propia de la multitud. Leen las palabras escritas por Yrigoyen, en las cuales hallan una afirmación consciente y exaltación desusada de sí mismo, porque ha transfundido sus ideales en su vida y su persona; y esto les sugiere la anhelada explicación a ese fenómeno en el término personalismo. Pero sucede que estos señores antipersonalistas que se escandalizan de que el pueblo sea consecuente en la adhesión hacia el jefe de su partido; de que reconozca en él los valores de capacidad política, de austeridad moral, de perseverancia irreductible que ha ejercitado en la oposición y en el poder durante más de treinta años; estos señores a quienes ofende que el pueblo muestre su gratitud y reconocimiento hacia el verdadero reivindicador de sus derechos y sus ideales; sucede, digo, que estos señores, con la pretensión de corregir ese defecto personalista no crean una corriente de opinión doctrinaria, impersonal, sino que forman en torno suyo pequeños grupos efímeros que comienzan por denominarse con el nombre de la persona a cuyo interés o inspiración responden. De lo cual se deduce que lo que a ellos les molesta, en realidad, no es la tendencia personalista de las masas, sino el que no sean ellos objeto de ese personalismo. Lo que en verdad les ofende es que considere el pueblo irreemplazable a otros en lugar de juzgarles insubstituíbles a ellos.

Pero lo que, tal vez, no han analizado es el hecho de que no puede crear personalismo verdadero y perdurable sino aquel que posee personalidad: es decir, quien no obedece a sus propios instintos e intereses sino a un sistema de ideas y de principios que revisten carácter transferible, que formulan una ley universal, un código de conducta asentado en bases éticas al cual pueden, en su esencia, atenerse todos los demás hombres y sentirse, a la vez, libres, por eso mismo. Tiene personalidad, en política, aquel que es capaz de concebir un ideal superior y propio, de donde deriven normas consiguientes, y traduce uno y otras en sus actos que se convierten, así, en enseñanzas, en lecciones vivientes de superación. Ese tiene personalidad y crea adeptos y partidarios capaces de llegar en su defensa al heroísmo y al sacrificio, porque saben que obedecen a una ley impersonal encarnada a la vez, en una persona. Esto es lo que ha señalado Spengler al decir: "Lo que distingue al verdadero hombre de Estado del mero político, del jugador que juega por el gozo de jugar, del cazador afortunado en las simas de la historia, del interesado avariento, del vanidoso, del vulgar, es que le es lícito exigir sacrificios y los recibe, porque su sentimiento de ser necesario para la época y la nación es compartido por miles de personas, transformándolas interiormente y capacitándolas para hazañas a cuya altura no estarían de otro modo", (tomo IV, pág. 265).

Tiene personalidad política quien es capaz de

pensar como Yrigoyen cuando le decía al Dr. Pedro C. Molina: "No concibo qué faz de mi persona pueda presentar aspecto de caudillo y séame permitida la franquicia de decir que tengo el más absoluto desprecio por todas esas ruindades y desmedros de la personalidad humana y que me avaloro más a mí mismo que a todas las caudillerías juntas".

Tiene personalidad política quien no se toma a sí mismo por bandera, ni la oposición, tampoco, a otro hombre; sino que concibe un ideal y se transforma en el instrumento de su realización esforzándose constantemente, como lo ha hecho Yrigoyen — y ha llegado a conseguirlo — por convertir ese impulso en una fuerza común y en ideal objetivo capaz de dinamizar a los demás hombres en una aspiración elevadora y permanente. Mas no es posible en una obra de tal fuste prescindir del elemento personal, del arquetipo humano que es la base de todo movimiento histórico, como reconoce Spengler al decir: "Siempre es una vida, nunca un sistema, una Ley o un programa, quien lleva el compás en el curso del suceder. Ser el centro de acción, el elemento actuante de una multitud, elevar la forma interna de la propia persona a forma de pueblos enteros y de épocas enteras, tener el mando de la historia para colocar el propio pueblo o la estirpe propia, con sus fines propios, a la cabeza de los acontecimientos, este es el instinto apenas consciente e irresistible que actúa en todo individuo de vocación histórica. No hay más que historia

personal y, por tanto, política *personal*" (Ob. cit. t. IV, pág. 261).

Tal sucede con el hombre que posee personalidad trascendente, de lo cual es ejemplo indiscutible Hipólito Yrigoyen. En cuanto a los hombres que carecen de ella y no profesan, tampoco, un ideal superior son los que, precisamente, sólo pueden realizar obra personalista; porque faltos del poder de elevar por encima de sí mismos ninguna aspiración y carentes de doctrina en la cual fundamentar su acción no pueden hacer más que oponerse al triunfo de otra tendencia o de otra persona, como sucede en el caso actual, enarbolando a guisa de enseña su propia individualidad. Y para embaucar a los incautos se cubrirán con el rótulo de antipersonalistas, ellos que son los creadores del personalismo.

VIII

EL REINO DE DIOS Y LA AÑADIDURA

"Buscad el reino de Dios y su justicia y todo lo demás os será dado por añadidura". Este precepto del Evangelio de San Mateo, como sucede con muchas de las máximas que preconizó Jesús, no es una simple enseñanza, sin trascendencia en la realidad, cuya aplicación proceda únicamente en la vida ascética y contemplativa. Por lo contrario, es de índole realísima y su observancia, o no, marca en las diferentes fases de la vida del hombre y de los pueblos la condición ascendente de éstos o su descenso por el camino de la decadencia.

Cuando el hombre, o la nación, se hallan dotados de vitalidad exuberante, orientada en sentido afirmativo, luchan y se esfuerzan por sus ideales, por la cosa en sí, por principios de valor universal, o sea, aspiran a alcanzar el reino de Dios y su justicia; cuando disminuye su vitalidad, o se dirige en sentido negativo, se tornan estrictamente utilitarios, desdeñan los ideales y principios y se afanan exclusivamente en lograr los resultados; en cobrar el precio de las cosas ahorrándose la energía de conquistarlas;

en estafar a la Providencia cosechando sin sembrar; luchan, en fin, por la añadidura, renunciando al reino de los cielos.

En el orden nacional, así, no se ocuparán de realizar la grandeza positiva de la patria, por la libertad y la justicia; la jugarán, al contrario, "en las carpetas del mundo", y tratarán de medrar a costa de ella en busca de la riqueza y del poder; pero adoptarán la máscara de un patriotismo exaltado, intransigente, enemigo de los extranjeros y de las ideas perturbadoras, porque estorban sus manejos y el tranquilo disfrute de sus logrerías.

En la religión desdeñarán el aspecto afirmativo, viviente y universal de la doctrina, las enseñanzas candentes de Jesús; la austeridad en la conducta y la práctica del bien; y buscarán solamente los beneficios que ella reporta: la espectabilidad y el brillo social, en esta vida, y el paraíso en la otra. Para alcanzar ese fin desecharán el espíritu del cristianismo y se aferrarán al culto, a la apariencia, a la ortodoxa liturgia, no vacilando en trocarse en los sepulcros blanqueados que Jesús anatematizó; y persiguiendo, en desquite, con odio de fariseos, a todo el que se niegue a tomar parte en la estólida comedia.

En la vida privada adoptarán un procedimiento análogo: todo el celo que habrían de poner en conservar la pureza del vivir lo consagrarán únicamente a guardar las formas. Como persiguen el resultado solamente ¿para qué van a esforzarse en ser, si con parecer les basta? No se ocuparán, por tanto, de me-

recer posiciones elevadas: simularán que ya las ocupan, aun cuando vivan en la indigencia. No adquirirán la preparación necesaria para cargos importantes; se dedicarán a conseguir las "cuñas" correspondientes para alcanzarlos, y una vez que los ocupen harán lo estrictamente preciso para aparentar su desempeño. Cuando ya estén encumbrados sostendrán su posición rodeándose de estómagos agradecidos, a cuyo efecto protegerán a los incapaces, en lo cual hallarán doble ventaja: la de que sus aptitudes no les hagan sombra y la de que a ellos les deban lo que son y se mantengan, en consecuencia, sometidos.

En el campo de la inteligencia será igualmente su norma la apariencia. No estudiarán por saber, sino tan solo para pasar; no aspirarán a elevarse y a ser útiles, sino a conseguir un título. Todo está en obtener el resultado con el menor esfuerzo posible; y así, con sabia paciencia llegarán a trocarse en paralelas y hasta a confundirse en una sola las líneas divergentes del mejor resultado y la del menor esfuerzo. De ese modo la universidad se convertirá en un monopolio del conocimiento dosificado por títulos y vendido, si no al peso, a la medida de las matrículas abonadas; sin que se complique en todo ello el ejercicio real de la inteligencia ni la carga inútil del conocimiento que, no estando patentado, carece de realidad y no es, en consecuencia, cotizable. La conclusión resultante es evidente como un sencillo problema matemático; si el conocimiento no sirve de nada cuando el título no existe, ¿para qué se necesita el conocimiento

poseyendo un título? Ese teorema tan claro y convincente puede igualmente aplicarse a todos los aspectos de la vida.

Como todos los principios negativos, esa norma de esencia disolutiva puede ejercerse con cierta impunidad en el curso de una o dos generaciones, porque durante ese tiempo se vive de las reservas acumuladas. Pero al cabo de ese lapso comienzan a revelarse las consecuencias en forma desastrosa, y si se persiste en esa vía, la raza o la nación empiezan su descenso y se entregan francamente al vasallaje de otros pueblos y otras razas de índole dominadora. Tal ha sido el camino descendente que ha seguido la latinidad y en especial el pueblo español del cual tiene la Argentina esa peligrosa herencia.

La resultante, en efecto, de modalidad tan corrosiva es una progresiva disociación de los elementos integrantes de la nacionalidad, primero; y después, del individuo.

¿Cómo pueden prosperar sentimientos reales y colectivos en esa simulación universal? No, aquí lo real estorba; las cualidades, estorban; los ideales y la moral son peligrosos. La asociación es inútil, perniciosa. Aquí solo se persigue el resultado, el premio, la añadidura; y para ello mejor es estar solos, porque mayor es la parte que nos toca. ¿Qué importan las aptitudes, en esta puja desenfrenada? Son, al contrario, un peligro público. ¿Qué valen las cualidades, si aquí sólo se requieren apariencias? Ese que toma en serio sus funciones, que desprecia la apariencia y se dirige

hacia la conquista de la realidad es un elemento subversivo que nos compromete a todos. Y entonces nace espontáneamente la asociación en un medio semejante. Todos cargan contra él en un acuerdo tácito y unánime, realizando en torno suyo la conjura del silencio, más eficaz todavía que la calumnia.

¿Cómo se atreve a violar cínicamente las formas establecidas? Todos sabemos que es una farsa cada uno de los papeles respectivos que representamos: el de redentor, el de opulento, el de sabio, el de demócrata, el de religioso o virtuoso. Pero todos, también, aparentamos profesar una fe ciega en que esa farsa aparente es una realidad. Y la consistencia de esa comedia depende, precisamente, de un aislamiento absoluto del contacto con las realidades. Quien pretenda, por lo tanto, erigirse en realidad, atenta contra la vida de todos y cada uno, y hace peligrar la consistencia de nuestras instituciones cuya eficacia consiste en permitirnos utilizarlas como los mejores instrumentos de nuestra simulación universal.

Cuando todo un pueblo emprende ese camino, marcha directamente a su aniquilamiento. Así cayó la latinidad bajo el dominio efectivo de la raza anglosajona; así ha vegetado España, descendiendo más abajo cada vez, no obstante las cualidades latentes de sus hijos; y si se trata de un pueblo rico y juvenil, como la Argentina, se convierte en breve plazo en una factoría y su descenso es aún más apresurado. Tal era, sin embargo, el sendero suicida que había elegido y por el cual se arrojaba al despeñadero en

donde todavía se debate en muchos de los aspectos de su vida colectiva. El único que ha intentado — y conseguido — apartarla de esa sima de siniestra perdición, para bien de nuestra raza que podrá, a favor de tal ejemplo, retomar el camino de su ascensión redentora, es Hipólito Yrigoyen.

Con su solo esfuerzo hercúleo de austeridad espartana — acompañado, naturalmente, por el elemento sano del pueblo — ha logrado contener el torrente voraz de sensualismos que llevaba al abismo a la nación.

Para alcanzar ese fin ha necesitado situarse en el extremo opuesto de esa balanza. Un ascetismo civil tan puritano que parece obsesionante ha sido la norma rígida de toda su existencia. ¿Quién, jamás, en toda nuestra historia, consagró tan plenamente su existencia a una labor reivindicatoria colectiva y rehusó de tal manera, los honores, recompensas y toda clase de premios? ¿Quién prescindió tan en absoluto de toda compensación al esfuerzo realizado, ocultándose en forma sistemática para evadirse de toda ostentación y rechazando hasta el sueldo y emolumentos de sus cargos públicos? ¿Quién se atrevió a despreciar en tal forma las apariencias que ni siquiera les concedió reconocimiento alguno, para reducirse estrictamente a la realidad esencial? ¿Quién, sino él, tuvo la audacia de desenmascarar la hipocresía y abofetear el rostro de todas las apariencias consagradas, bajo cuya falaz investidura se ocultaban las ruinosas

prevaricaciones y las traiciones al bien común y a la majestad augusta de la patria?

El, como nuevo Jesús, escudado en su existencia de religioso civismo, inmaculado, intachable, desdeñando la calumnia y el odio del adversario, ha penetrado en el templo de la patria y ha arrojado a latigazos a los viles mercaderes, restableciendo en su trono la soberanía popular y la integridad civil.

Con el esfuerzo total de su ascética existencia, opuesta a los apetitos insaciables del lucro y del poder, ha reintegrado la nación a su primitiva idealidad, salvándola de trocarse en un mercado cartaginés. Ha cumplido, así, la máxima evangélica de luchar por el reino de los cielos y su justicia. Todo lo demás, después, vendrá por añadidura; pero no ya para él — que ni siquiera lo acepta — sino para la Argentina en cuyas aras ha consagrado su vida.

IX

HIPOLITO YRIGOYEN

Propensión íntima de mi espíritu fué siempre, guardando silencio, en la solitud, meditar el querer las cosas del océano.

Hipólito Yrigoyen.

Es justo reconocer que la personalidad de Hipólito Yrigoyen no es fácil de comprender ni de abarcar. Son tan rígidas y tan filosas sus aristas; tiene aspectos tan contradictorios, unificados, no obstante, por una línea interior; es su gesto apostólico tan hierático, tan fuera de lo humano y lo corriente; es tan severa y ascética su índole, fundada en un misticismo nuevo, que podría denominarse misticismo cívico; tan raro es y singular hasta su mismo lenguaje que tiene algo de bíblico y de profético, quemante como una llama, con giros personales y libertades propias de un escritor modernista, pero de tonos broncíneos, y recorrido, a veces, por estremecimientos líricos de poesía humanitaria, que no es extraño produzca impresión desconcertante de inexplicable rareza, sobre todo entre intelectuales y gente universitaria, que es

a quienes más difícil les resulta comprender y sentir a Yrigoyen.

Y es porque su palabra, en realidad, y sobre todo el espíritu que la anima, son una música nueva que requiere oídos nuevos; pero no oídos mentales simplemente, sino órganos sensitivos de la emoción, que remuevan fibras íntimas. Porque él no se dirige al intelecto, sino al sentimiento, sobre todo. Es de notar que este hombre cuya vida ha sido consagrada íntegramente a una obra de apostolado no ha escrito nada jamás, o no ha publicado, al menos, con fines propagandistas. Todo lo que se conoce de él son documentos ocasionales, tales como telegramas políticos, manifiestos del partido, informes o mensajes de gobierno y la polémica con el Doctor Pedro C. Molina al retirarse éste del partido radical.

Toda su inmensa labor proselitista ha sido directa, personal; así como el fundamento de su obra ha estado más en la acción que en la palabra.

He dicho que su palabra es una música nueva y voy a demostrarlo. La democracia, hasta ahora, ha sido, cuando más, una convicción; en la mayor parte de los casos un instrumento; y no pocas de las veces una simulación de ideas opuestas a las verdaderamente sustentadas. Pero yo no conozco ejemplo alguno, anterior a Yrigoyen, en el cual la democracia, como en él sucede, constituya un sentimiento arraigado en la subconsciencia y fundido en uno solo con la emoción patriótica y con los valores éticos. Estos mismos valores, suelen ser principios razonados que se

adoptan o proclaman con sus correspondientes reservas interiores, pero que no cobran el vigor, como en Yrigoyen, de sentimientos centrales que casi llegan a revestir, por su primacía y su intensidad, el carácter de instintos.

La reunión en un solo haz de los valores éticos, patrióticos y democráticos, trocados en sentimientos y ungidos con fervor de religión es lo que le infunde esa violencia inaudita en los anatemas contra las depredaciones del poder y los mercaderes de la patria y lo que le presta los acentos de mística exaltación al hablar de la Argentina, de la obra redentora de la Unión Cívica y de su propia misión.

Esto implica, también, la presencia de un sentimiento nuevo en Occidente, o del cual, yo al menos no conozco precedente alguno de profundidad análoga: me refiero al sentimiento de lo colectivo. Nosotros, occidentales, hemos forjado la personalidad individual, pero hemos ido extirpando, al propio tiempo, el sentido de lo colectivo que informa toda la vida del Oriente, donde lo individual apenas tiene existencia. Por falta de equilibrio entre esos dos términos, tan necesarios a la cultura, a la vida común, como lo son a la vida del corazón los movimientos de sístole y de diástole, hemos llegado a un *in pace* en donde pereceríamos si no lográramos recobrar el doble ritmo del sentimiento común y el individual. Para la civilización del Occidente sólo existe el individuo; en el sentido ético cada uno de nosotros no es más que un obelisco solitario; vive aislado como en un desierto;

el resto de los seres le es extraño y, hasta podría decirse, enemigo. Con un sentimiento básico de esa índole, la patria no puede ser sino un convencionalismo al que, como es natural, el instinto nos liga; la justicia es sólo una palabra que cobra realidad cuando nos conviene, y la democracia una ficción para engañar incautos. Con semejante actitud se corroen y se disuelven todas las ligaduras colectivas; el individuo se siente presa del pánico frente a la vida y para cobrar valor se arroja a un insaciable sensualismo que le trueca en monstruo de crueldad para con sus semejantes, quienes dejan de serlo, en consecuencia. En vez de civilizador, para las capas sociales inferiores o las razas subalternizadas, el tipo dominador del Occidente conviértese, así, en una bestia odiosa, enloquecida por sus pasiones y apetitos y tan peligrosa e inhumana como una fiera hambrienta. Tal es el peligro verdadero de Occidente que nos lleva, sin remedio, a la disolución, siempre que no consigamos reaccionar en breve. Lo que Manuel Gálvez denuncia como un peligro, refiriéndose a este tema, en el suplemento de "La Nación" de 5 de junio y 3 de julio últimos, o sea la difusión de las ideas orientalistas — Dostoyewsky, Maeterlinck, Tagore, etc. — constituye el antídoto, precisamente, de ese veneno que nos corroe. ¿Cómo nos pueden salvar la inteligencia pura y el clasicismo greco-romano, que son eminentemente disociativos e individualistas, si todos los fundamentos de nuestra civilización e instituciones se basan en el sentido colectivista del cristia-

nismo, que es de esencia oriental, el cual ha sido substituído por el catolicismo individualista de Occidente? Nótese que las culturas de Grecia y Roma, intelectualistas por esencia, florecieron para señalar la decadencia de esos pueblos, porque su culminación fué el signo de la ruptura definitiva de todo lazo común. En trance idéntico nos hallamos hoy los occidentales y eso es lo que justifica la tesis de Spengler. Y si entre nosotros queda una esperanza de salvación estriba solamente en ese instinto que nos lleva a asimilar las culturas orientales y a identificarnos con el alma rusa, en Dostoyewsky, y con el alma germánica — bastante oriental por sí — en su movimiento de fusión con el Oriente. Del mismo modo la iglesia, si no quiere perecer, tendrá que volver a Cristo, cuyas doctrinas son de índole oriental, a despecho del catolicismo que lo ha substituído y occidentalizado.

Pero más valioso, en este sentido, que las doctrinas orientalistas — siempre necesariamente cerebrales, y estérilmente nirvánicas si se toma su concepto dogmático y literal — es para el pueblo argentino, y para toda la raza ibérica, el sentimiento colectivista de Yrigoyen que reviste en él, como se ha dicho, el vigor primario de un instinto. Ese impulso de comunidad, de soberanía del pueblo, es el único capaz de reconstruir la patria, de despertar sentimientos de comunión humana y racial, de crear una fuerza impersonal y abstracta que nos empuje a una nueva vida donde todos nos sintamos elementos integrantes

de un superorganismo ejecutor de destinos transcendentes.

Profesando ese sentido de la vida es lógico que Yrigoyen no sea intelectualista y no conceda, en concepto doctrinario, más que un rango secundario a la palabra, la cual queda reemplazada por la acción, y más aún por la vivencia ética y emocional. Para él es, pues, la palabra sólo un signo de la acción, un trasunto de la vida interna, del sentimiento integral del hombre. Reconozcamos que ya era urgente esa reacción antiverbalista que corrigiera el defecto consubstancial a nosotros, los latinos, de substituir la acción por la palabra. Es natural que esa posición sea en extremo difícil de escalar para los intelectuales y que la miren éstos, por el contrario, como un estado inferior que ya han superado ellos. Quien se encuentra más cerca de ese plano, aunque subconscientemente, es la masa del pueblo; y por eso ella acompaña con su entusiasmo y su fe a Yrigoyen; porque lo siente y lo intuye sin necesidad siquiera de entenderlo.

Esa vivencia interior que se nutre de todos los resortes de la individualidad, confortándose, a la vez, con las más altas corrientes y las potencias fundamentales de la idealidad humana, es lo que ha dado a Yrigoyen la energía para mantener viva la llama de su acción y de su espíritu alimentándose sólo de su propia fe, sin pedir nada prestado a lo exterior. Solamente así se explica ese ascetismo sin precedentes que en vez de solicitar la aprobación, o buscar los honores y los beneficios, los rehusa y los rechaza; y

que sin jactancia alguna le permitió exclamar en su polémica con el Dr. Molina: "Sí, doctor, ponga ante nosotros todos los halagos humanos acumulados, y más pronto de lo que lo haya hecho, de un puntapié se los arrojaremos".

Esto, que no son palabras en el Dr. Yrigoyen, sino realidades plenamente demostradas, se comprendería en un Lama de la India; pero en Occidente, donde cada uno lucha contra todos los demás, utilizando cualquier clase de medios, por la conquista de los halagos, la riqueza y los honores, constituye una actitud insólita, sin explicación posible para gentes que sólo se alimentan de la satisfacción de los sentidos.

Y precisamente ese hombre que ni persigue ni acepta nada para sí, y que vive sumergido en el retraimiento voluntario "en humildad profunda frente a las cosas de lo absoluto", es el que puede, llegado el caso, cuando se duda de la pureza de sus intenciones y la grandeza de su ideal, erguirse con arrogancia y hablar de sí con idéntica inmodestia que si se tratara de otro; calificarse a sí mismo con ese acento exaltado, afirmativo, del hombre que se sabe instrumento consciente de la Providencia; de cuyo tono sólo hay ejemplo en las palabras del Ingenioso Hidalgo. Así, dirá para contestar a un insolentado malandrín: "Qué ha de haberse equivocado usted conmigo si mi vida es de una unilateralidad absoluta, tallada al cincel de los más nobles holocaustos y de las más austeras idealidades! ¡Hay existencias a cuyo

través fulguran las calidades y condiciones de toda una época y esa es la mía!"

Como en Yrigoyen no es la democracia simple pretexto, ni mero convencimiento doctrinario, sino impulso emocional que abarca todo su ser con religioso fervor, ("cada vez es más imperioso hacer del ejercicio cívico una religión política") no necesita, por tanto, representar la comedia democrática que finca toda su esencia en el mantenimiento de las formas, de las apariencias; sino que marcha derechamente, erigiendo en colectivo el impulso individual, a la conquista y el ejercicio de los derechos concedidos al pueblo por la Constitución. Dice, así, contestando al Dr. Molina, en la citada polémica: "No soy tampoco jefe, ni lo sería nunca, por modalidades personales y porque creo que los movimientos de opinión no deben tener sino direcciones constantemente amovibles. Las jefaturas no condicen con los progresos de la razón ni con la uniformidad de su desenvolvimiento desde que no tienen explicación científica, ni aplicación armónica".

Esa afirmación, que es tan exacta y tan vitalmente verdadera, escandaliza al Dr. Molina, como es lógico, porque éste es un representante y un creyente, no de la democracia, sino del liberalismo histórico.

Llevado a la presidencia por el pueblo, el Dr. Yrigoyen prescinde de las formas puramente externas, de las simples apariencias constitucionales, en las cuales pretenden escudarse los elementos del régimen para seguir usufructuando las provincias, y en-

vía la intervención a todos los estados de la República en los cuales no se observan los principios del sufragio universal. "Sé bien que he venido — dice — a cumplir un destino admirablemente conquistado: la reintegración de la nacionalidad sobre sus bases fundamentales".

Ya en el ejercicio del gobierno, este hombre de las acusaciones lapidarias, fulminatorias, contra todos los merodeadores del poder, defraudadores del bien común, ofrece el democrático y reconfortante ejemplo de permitir que sus enemigos, los agentes y propagandistas del régimen desahuciado, vuelquen contra él, tanto en diarios como en libros, todas las injurias y calumnias imaginables, inspiradas por el odio y el despecho, sin que él se tome el trabajo de darse por aludido, cuanto menos de prohibirlas o de molestar a sus autores con los recursos legales ni con su influencia omnímoda sobre las masas partidarias. Y esa ecuánime actitud, tan nueva en nuestra política latina, tuvo por sí sola la virtud de hacer innocuos y vanos los ataques, que murieron agotados por la falta de resistencia y de eco, sin obtener otro resultado que el de exornar a Irigoyen con los contornos de la leyenda.

La carencia de programa, de principios delimitadores de una tendencia, es otro de los puntos combatidos por los enemigos de Yrigoyen y de la Unión Cívica Radical. A esto contesta Yrigoyen: "No obedezco a tendencias, ni intereses encontrados, porque no tengo más ensueño que la Nación como síntesis del bien

de todos". El ejercicio y la aplicación de los principios formulados por la Constitución ha sido siempre el programa que se ha fijado el radicalismo; y en verdad que basta y sobra como programa, puesto que en ella están contenidos los más sublimes preceptos de justicia y de igualdad de cuya realización nos encontramos tan lejos todavía, a pesar del largo trecho recorrido.

* * *

Asombra, en verdad, y admira, la obra llevada a cabo por Yrigoyen, la transformación profunda, decisiva, que ha impreso sobre las rutas orientadoras del país, al conseguir despertar a todo un pueblo e imponer los intereses colectivos, la soberanía popular, como reguladores de la voluntad de la nación, substituyendo la oligarquía y el predominio de casta que detentaban el ejercicio del poder y usufructuaban la riqueza pública, para lo cual se encontraban adueñados de todos los reductos. Opinión, prensa, congreso, legislaturas y gobernaciones; todo lo tenían en sus manos las clases mal llamadas dirigentes que por medio del dolo y la violencia se habían apoderado del acervo político y económico del país y lo manejaban a su antojo. Y de tales posiciones, inexpugnables al parecer, ha conseguido Yrigoyen, con su sola energía perseverante, y el calor de su acción ejemplarizadora, secundada por la obra del radicalismo,

desalojar los usurpadores y restablecer las normas del derecho, realizando de ese modo, sin sangre y sin violencia, una de las revoluciones más transcendentales que puede operar un pueblo.

Y es que Yrigoyen, por otra parte, nunca ha obrado por su sola cuenta, sino en nombre de un impulso colectivo y con fines transcendentes de liberación humana. Se ha sentido ejecutor y mandatario del testamento de la emancipación. Ha identificado su existencia con la voluntad latente del espíritu argentino, y así ha podido exclamar: "En la actitud hierática del elegido, portador de la canastilla de mimbre en donde el alma del fuego ancestral, sobre su lecho de arcilla, se despierta al devenir... durante treinta años seculares, en la angustia muchas veces, pero siempre también en la certidumbre... He cobijado, bajo el viento de demencia de los míos, la chispa argentina de las forjas de la epopeya. Y sordo, sordo en mis propias entrañas al alboroto de los que huyen en pánico, o se rehusan a la ofrenda mística de su ser, siempre he ignorado el gesto que renuncia, y no he nunca vivido de mi propia vida sino las indomables rebeliones de mi sursum humano, en humildad profunda frente a las cosas de lo absoluto... *esperando que la razón inmanente esclareciera nuestros juicios* de pastores y de rebaños".

De este modo ha llegado a convertir su voluntad en pivote sobre el cual han girado los destinos argentinos hacia orientaciones ascendentes, y su personalidad en el eje de la aspiración y de la conciencia nacional.

Realízanse en él, así, estos conceptos clarividentes expresados por Spengler (t. IV. pág. 264) "El verdadero hombre de Estado es la historia en persona, es su dirección como voluntad individual, es su lógica orgánica como carácter".

"El político de alto bordo debe, empero, ser educador en un sentido superior, no representar una moral o doctrina, sino ofrecer un ejemplo en su acción".

Tales son, en realidad, los caracteres políticos de Yrigoyen; y ellos, junto con el hecho de estar elaborándose, entre nosotros, el comienzo de una nueva curva histórica, actualizan el fenómeno expresado por el mismo Spengler: "Hay momentos, y ellos señalan las cumbres de las corrientes cósmicas, en que un individuo se sabe idéntico con el sino y centro del universo y siente su personalidad casi como la cáscara en que la historia del futuro está formándose" (t. IV, pág. 265).

Eso mismo es lo que en otra forma expresaba Yrigoyen en su telegrama a Alvear: "Sumergíos, sumergíos en aguas profundas en donde ya no repercute la eterna tempestad de las ondas superficiales ¿No sentís ascender una marea?... ¿No sentís que en el corazón de la Nación abismos de abyección se despiertan a la luz, y ya claman a los cielos su querer de redención?... ¿No sentís en marcha el mismo devenir? ¡En verdad cosas han muerto que nunca más han de resucitar, y cosas han resucitado que habrán de vivir eternas!..."

"...¡Qué importa que se diga, hoy como ayer, con

tal que vayamos!... ¡Qué importa también que brame la tormenta: todo taller de forja parece un mundo que se derrumba!... ¡Y qué importa, además, que seamos todos, hoy como ayer, los mismos merodeadores del hambre y de la sed humana: una estrella brilla sobre los campos de nuestra ignominia! Créanlo... *Bordeando precipicios que apenas entrevemos al pasar, hacemos historia que los siglos futuros reconocerán gloriosa"*.

Es esa grandeza de Yrigoyen, del hombre que se siente y se transforma en sino, lo que no le pueden perdonar sus enemigos políticos, quienes mientras él navega en honduras oceánicas donde rigen las corrientes universales de los designios cósmicos, ellos se debaten en el barro de sus apetitos personales.

Porque estas gentes, residuos, virtualmente desplazados, del liberalismo histórico, no sienten la democracia como impulso esencial de comunión humana, como anhelo de elevar a las masas irredentas, sino en forma de soberbia y de suficiencia personal que no permite que nadie se alce por encima de ellos. Y acusan, en consecuencia, de absolutista a Yrigoyen, y a sus partidarios de personalistas porque reconocen sus valores. Y bien; rebélense estos señores contra la Naturaleza o el Destino, o contra el Dios que les otorgó un alma mezquina, incapaz de comulgar en las causas permanentes, de convertirse en factores de los destinos humanos!

¿Cómo pretenden estos señores que el pueblo no considere irreemplazable a Yrigoyen, en su índole de

redentor, si sabe que él es inquebrantable en sus designios, inmutable en sus aspiraciones, irreductible en sus ideales en los cuales se concentran los intereses supremos de la nación! ¡Si es el único que ha demostrado en la obscuridad del ostracismo y en la cima tentadora del poder, que jamás se rendirá a las injustas imposiciones de la fuerza, ni a los suaves halagos sensualistas; que nunca traficará con sus enemigos, ni cederá a la presión de pasiones subalternas, ni usurpará la soberanía popular para convertirla en instrumento de sus ambiciones personales!

No; por desgracia, no abundan los hombres como Yrigoyen, capaces de persistir en sus ideales, a través de una generación, y elevarse a las alturas del poder conduciendo íntegramente sus ensueños de justicia y su austeridad viril, para realizar desde las cumbres lo predicado en el llano. El pueblo lo sabe bien; es una amarga experiencia, repetida largamente, que agotó los entusiasmos y la fe en el alma popular. Por eso, cuando ha logrado la abnegación y lealtad de un hombre encender esa llama de esperanza en el corazón sediento de los oprimidos, nadie logrará apagarla. Ella se convertirá, al contrario, en perdurable foco de luz para guiar al pueblo argentino a la conquista de su esplendente porvenir.

¡Qué más podría desear la masa humana, sino que fuesen muchos los hombres capaces de realizar su redención! Pero no, por desdicha no es así. A casi todos les falta la voluntad; y el talento y la aptitud falta en los otros. Son muchas las cualidades de co-

nocimiento y de grandeza, de inteligencia y carácter, de abnegación, valor y estoicismo, las que indispensablemente se requieren para poder realizar la redención de un pueblo. Por eso, la aparición de una de esas personalidades es fenómeno tan raro y mucho más transcendente para los destinos de un país que el de la gestación de un artista universal de esencia imperecedera.

Sólo quien haya luchado, desde el silencio y la soledad, por la conquista de sus ensueños, dando la espalda a las realidades; batallando con las sombras, recibiendo en pleno rostro los desdorosos besos de Judas y percibiendo el aliento envenenado de las vilezas humanas, puede saber lo que significa vencer las flaquezas propias y las ajenas, durante más de treinta años, para llegar a tomar, al fin, entre las manos, el impuro barro de la realidad y esforzarse en amasar con él las ideales bellezas concebidas.

Y el haber permanecido invulnerable a los desengaños y las amarguras, a las defecciones y desmayos, a todas las tentaciones y violencias de que se hallan empedrados los calvarios de las redenciones, hasta llegar a la cúspide de los anhelos soñados, conservando intacto y puro el tesoro de la idealidad, es lo que otorga derecho a un hombre para expresarse en estas palabras:

"Asumir la contienda reparadora, desde el llano a la cumbre, renunciando a todas las posiciones y resguardos del medio ambiente, para remontar la abrupta montaña a pura orientación de pensamiento, a pu-

ro vigor de virtudes y a pura entereza de carácter, y llegar a la cima, pasando por sobre las murallas de todos los poderes oficiales y las conjuraciones connniventes, es empresa que no conciben los medianos ni alcanzan los pigmeos y que ni siquiera comprendieron los grandes ni afrontaron los poderosos".

¡Y qué fondo de poesía, de belleza esencial y fecundante hay en esas palabras de Yrigoyen y en tantos otros de sus conceptos! Poesía viviente y humana, en la que están comprendidos los sentimientos de dignidad y de integridad viril del pobre, que puede, al fin, alzar la cabeza sin temor de encontrar sobre sus ojos la mirada prepotente y orgullosa del amo, señor y dueño de sus destinos, que le obliga a doblegarse. Poesía del obrero humilde, que advierte en esas palabras la semilla generosa de donde saldrá el pan de sus hijos, esa hostia consagrada que llevará la alegría dichosa, el regocijo divino de la vida al corazón afligido de los suyos. Poesía sublime del soñador, del patriota verdadero que ve abiertas ante sí las puertas del porvenir ilimitado por el cual puede ascender a la conquista de sus quimeras, a la encarnación viviente de sus más caros anhelos, y a la creciente grandeza de los fastos argentinos.

Esa poesía esencial es la que engendra en el alma de las multitudes un fervor ilimitado, una inmortal gratitud, y la que erige a los hombres capaces de crearla en símbolos vivientes del futuro, donde se concretan y se vivifican las esperanzas humanas; es la que enciende la antorcha prometeica que conduce

a las naciones a la conquista de sus más altos destinos.

Porque, como dice Peladán, no ha habido grandes pueblos, pero ha habido pueblos que han escuchado a sus grandes hombres.

X

LA OBRA NACIONALISTA DE YRIGOYEN

Hay en las "Bases" de Alberdi tal aliento futurista, tanto frenesí de crecimiento y tan grande amplitud para encarar los problemas nacionales, que producen el efecto de que hayan sido escritas recientemente. En cambio la "Restauración Nacionalista" de Ricardo Rojas, a pesar de los valores que pueda contener, nos ofrece el fenómeno contrario: limitación de los horizontes y reducción del ambiente, con carácter localista, estático y aldeano, que nos aprisiona entre sus mallas, dándonos la sensación de que desde Alberdi a Rojas hubiese el tiempo corrido en sentido inverso, para volvernos a la época y a la ideología colonial.

Cito esta obra de Rojas porque es representativa en ese orden y marca el punto a donde llegaron las aguas de la influencia conservatista. Esto no implica una acusación contra el autor de esa obra, quien se limitó a reflejar en ella las tendencias entonces circulantes; ni se pretende desconocer los altos valores del aporte de Ricardo Rojas a la cultura nacional

con su "Historia de la Literatura Argentina" y con toda su labor nacionalista.

Y es que hay dos maneras contrapuestas de sentir el patriotismo: una, la que intuyó en cierto modo Alberdi y ha realizado Yrigoyen, para quienes es la patria una fuerza inmanente, colectiva, con destinos infinitos y providenciales, de los cuales cada ciudadano debe ser agente e instrumento. Y otra, la reflejada en la referida obra de Rojas, donde el patriotismo es una forma del sentimiento de clase.

Cuando los destinos y los intereses supremos de la nación caen en poder de una casta privilegiada y excluyente ésta empieza a sentir el patriotismo como una simple modalidad de sus privilegios personales. En el concepto patriótico que alimenta subconscientemente este nuevo patriota — estanciero, industrial, político o propietario, — no es él quien pertenece y se debe a la patria para perfeccionarla y engrandecerla; es la patria la que le pertenece a él y de la que puede usar en su propio beneficio. Siéntese, pues, impulsado a amojonar esa propiedad, a acotarla y gobernarla de acuerdo con sus gustos e intereses. Para esa índole de patriotismo todo es extranjero, siempre que no entre en el radio de sus conveniencias económicas. Las ideas son extranjeras, la cultura es extranjera; los que protestan y se rebelan son extranjeros. Así, los accionistas, por ejemplo, de las grandes empresas que desde Londres o Nueva York manejan sus capitales ferroviarios o frigoríficos, invertidos en el país, son, en realidad patriotas, porque

representan intereses nacionales; y los corifeos de esa casta se emocionarán hablando "de la belleza y de la pujanza del capital "argentino", venido de los puntos más lejanos de la tierra, que se funde aquí en el ensayo de una nueva conquista"; pero los obreros sometidos a su férula que tratan de defender los derechos y el valor de su trabajo, esos son extranjeros, aun cuando hubiesen nacido criollos.

Prodúcese, en realidad, una suplantación del sentimiento patrio por el instinto de clase. Todas las gentes adineradas se consideran, por ese círculo, patriotas, aun cuando hablen otro idioma y eduquen a sus hijos como extranjeros infundiéndoles el más vivo desprecio por las cosas de nuestro país; y los modestos obreros que labran la riqueza nacional son extranjeros cuando protestan y si no protestan, plebe; cuyos derechos fundamentales consisten en resignarse a su pobreza y asistir en calidad de muchedumbre a las fiestas cívicas. De este modo se opera la substitución de la moral por el interés y de lo colectivo por lo individual. Y se llega a situaciones de subversión permanente como las señaladas por Yrigoyen: "Eran tiempos de oprobio en que gobernar resultaba el mejor de los negocios, y en que se jugaba a los dados la fortuna y el honor de la Nación misma"...

Cuando se llega en un pueblo a tal grado de desviación, o reacciona apresuradamente, o se dirije a su ruina. Porque, como expresa Peladán: "Un pueblo igual que un hombre, vive de sus virtudes y muere de sus delitos".

En la Argentina, por suerte, era todavía bastante sana la entraña popular para que se hayan podido apoyar en ella los promotores de la reacción cívica tales como Alem, del Valle e Yrigoyen. Cuando ya Yrigoyen en la presidencia contesta a los representantes de la Industria y del Comercio, que iban a solicitarle la intervención del ejército para terminar la huelga ferroviaria, con las siguientes palabras memorables: "Entiendan, señores, que los privilegios han concluído en el país y que de hoy más, las fuerzas armadas de la Nación no se moverán sino en defensa de su honor y de su integridad; no irá el gobierno a destruir por la fuerza esta huelga que significa la reclamación de dolores inescuchados"; cuando tales palabras se pronunciaron por el presidente de la República, un nuevo sentimiento nacional había echado sus cimientos en el país. La patria habia cobrado realidad. Ya no era propiedad de los poderosos ni látigo negrero para los humildes. Era una entidad sagrada colectiva, nutrida con la savia fecunda de la justicia y de la equidad. (1) Con actos y palabras como esos se robustecen y se hacen indestructibles los vínculos patrióticos, no con vanos discursos callejeros; pues

---

(1) Ese hecho ha sido señalado con justeza por Macdonald en el párrafo siguiente: "Se ha solido, especialmente desde la época de Maine, considerar la democracia tan solo como una *forma* de gobierno. Esta idea es totalmente falsa. La democracia es una *especie* de gobierno. En una época de democracia social, la política se hace nacional por vez primera, y la conciencia colectiva ocupa el lugar de la conciencia de clase". *Socialismo*, pág. 14.

el pueblo, como Martín Fierro, piensa con harta razón:

"Que no tiene patriotismo
quien no cuida al compatriota".

De inmenso puede calificarse el servicio que Yrigoyen ha prestado a la Argentina. Con su ejemplo y con su acción de sacrificio ha desviado el torrente sensualista, de frenético materialismo, que amenazaba trocar a la nación en una factoría cartaginesa; ha quebrado el poder de la oligarquía, para la cual el país sólo era una gran estancia cuyo dominio se repartía en beneficio propio; y ha logrado entronizar, en lugar suyo, la soberanía popular, concretada en el sufragio universal efectivo. Ha infundido en el nacionalismo un sentimiento idealista y puro que ya no es privativo de una clase ni se concreta a un presente estático; sino que lleva en sí el germen de todos los ensueños y de todas las humanas redenciones.

Eso, en realidad, es la patria; un patrimonio común, un destino común, en marcha permanente hacia el perfeccionamiento indefinido. Es un sentimiento augusto de comunión espiritual que debe sobreponerse en todo instante a los egoísmos individuales; y engendrar en sus hijos una fe y una potencia íntima capaces de superar cualquier obstáculo en su ascensión a las cumbres de la idealidad renovadora.

Tal es la fuerza esencial, la energía dinamizante que, desde el ara del propio sacrificio, ha inspirado

en Yrigoyen ese sentido grandioso del patriotismo, esa visión sublimada de la patria, que inviste sus palabras de un acento profético de espiritual exaltación al hablar de la Argentina, porque la advierte identificada con todos los idealismos.

Para elevar a tales alturas el sentimiento patriótico, igual que para fundir los conceptos de moral y de civismo, identificándolos con las aspiraciones substanciales y perennes de la humanidad, como lo ha hecho Yrigoyen, se requiere una saturación de pensamiento, una maceración en la cultura de que no tiene idea la falange de los semicultos, los filisteos del espíritu, turiferarios del "Régimen", que han creído encontrar en las palabras de Yrigoyen, para ellos incomprensibles, motivo para bordar sus comentarios jocosos y hacer reir a su público de circo a costa de la "ignorancia" y la "rusticidad" del que ellos denominaban con ironía el "Apóstol" como llamaban los fariseos a Jesús "el Rey de los Judíos". En la acción y en los conceptos de Yrigoyen hay algo del espíritu del Tao, la filosofía del Sentido de Laotsé. Por lo cual, ese inculto regocijo que provocaron en ciertos círculos conservadores las palabras de Yrigoyen, evocan y justifican la afirmación del ilustre filósofo chino: "Los hombres superiores, cuando oyen hablar del Tao, obran en consecuencia. Los hombres de valía menor dudan: tan pronto se sostienen en él, como le pierden. Los vulgares ríen a carcajadas. Y si no ríen a carcajadas es que no era el verdadero Tao". (Ricardo Wilhelm. *Laotsé y el taoismo,* pág. 35).

XI

RESTAURACION DEMOCRATICA

"La opinión no le requiere (al Presidente de la República) más que comicios honorables y garantidos, como condición indispensable para volver decorosamente al ejercicio de sus derechos electorales. Entonces, propios y extraños, se asombrarán de la magnitud de ese solo acto como punto cardinal de las más magnas proyecciones nacionales en todas las esferas de su vida y así se verá la transcendental diferencia que hay entre una nación ahogada por todas las presiones que le circundan a una nación respirando en toda la plenitud de su ser y difundiendo al bien común su inmenso poder vivificante".

Tan ciertas son las palabras precedentes de Hipólito Yrigoyen, escritas en 1906, el primer aniversario de la revolución del 4 de febrero, que la propia magnitud del cambio operado en la Nación, durante los quince años que lleva de existencia la ley del voto secreto, hace que apenas pueda evocarse la imagen del pasado; porque la dinámica grandeza del presente y la visión del futuro, de que se hallan cargadas nuestras pupilas, no nos deja espacio para volver

atrás la mirada y resucitar las sombras del tiempo fenecido a fin de contrastarlo con el presente. En un lapso que no alcanza a media generación la Argentina ha pasado desde el feudalismo político a un estado de progreso cívico que puede ser ofrecido como modelo a las viejas naciones europeas y aun a todas las americanas.

Mientras, después de la guerra, se ha convulsionado el mundo, soportando las naciones toda clase de dictaduras — obreras, militares y políticas — la Argentina ha ido ascendiendo serenamente por el sólido camino de la democracia hasta llegar a constituir uno de los países donde se encuentra afianzada más firmemente la soberanía del pueblo. La nación se ha puesto en marcha; la universidad se ha democratizado; la clase obrera ha dejado de ser un elemento de permanente zozobra; el pensamiento ha iniciado atrevidos vuelos; los movimientos artísticos y literarios se han unido a las vanguardias del mundo; el socialismo ha pasado de partido subversivo y peligroso a partido burgués y conservador con iguales mañas que éstos; y la República, en fin, ha entrado a figurar, por derecho propio, entre las grandes naciones.

Todos estos beneficios y transformaciones débense principalmente, y aun casi en modo exclusivo, al ejercicio real de la democracia cuyo profeta y apóstol ha sido Yrigoyen. Y adviértase que estamos, simplemente, en los principios de esta transformación; que no todas las provincias se han incorporado aún

en forma definitiva a las normas democráticas; que algunos políticos influyentes han desertado las filas del civismo y en unión de los rezagos del "régimen" extinto, secundados por los socialistas, pretenden resucitar el sistema caudillesco de los conciliábulos y componendas inmorales para sorprender y atropellar la voluntad de la nación.

¡Qué no podrá realizar la evolución argentina cuando se haya logrado consolidar las normas democráticas! Y es que la diferencia de uno a otro régimen es realmente esencial. En el sistema oligárquico se convierten en eje colectivo los caudillos, entre quienes triunfa el más audaz, el más desalmado y hábil. Este, como es natural, se erige en valor supremo, regulador normativo de todas las jerarquías; y en su derredor se agrupan cuantos, en más o menos, se le asemejan. De este modo los peores se hacen los amos de la nación y esta se trueca, por tanto, en inferior a sí misma, como decía Platón en *Las Leyes*. Dueñas del poder supremo las gentes más inmorales consagran todo su esfuerzo, no a mejorar el país, sino a mantenerlo en servidumbre, perpetuando, así, su propio dominio. En un estado tal de subversión los ciudadanos honestos, pacíficos y probos, pasan a segundo término y se convierten en víctimas pasivas, o son perseguidos cual malhechores. La capacidad y los méritos son así perfectamente inútiles, cuando no un estorbo y un peligro; las virtudes y talentos se ocultan como un delito, en consecuencia. El pueblo vegeta y gime en la opresión; y la nación ca-

mina a su ruina, aceleradamente, empujada por los mismos que aparentan ser sus directores.

Esto es lo que sucede en todos los países en los cuales no se observan los principios democráticos. España es un elocuente testimonio de ello; pues no obstante los valores de su raza y su tradición gloriosa ha descendido a los últimos peldaños en la escala de la jerarquía europea. La democracia, al presente, se halla adulterada todavía en casi todos los países; y esa es una de las causas principales del desconcierto mundial que amenaza resolverse en colosales catástrofes, cual la de la guerra última, atizadas por sus mandarines; quienes encuentran en la discordia, el armamentismo, y el sacrificio cruento de los pueblos el medio más eficaz de prolongar su opresión.

En cambio, cuando los pueblos ejercen su propia soberanía se establece como eje el del interés y el bienestar del mayor número, en el que todos estamos comprendidos. Si en un principio no sabe el pueblo elegir los mandatarios que convienen, pronto la opinión reacciona y aprende a su propia costa a escoger con más acierto; porque los errores de la democracia se corrigen con la democracia misma. Los procedimientos para destacarse en ella ya no pueden ser la audacia, la violencia ni el engaño; sino los méritos conocidos de servicios prestados a la comunidad. Como no hay quien detente los poderes ni, por tanto, gobernantes que se perpetúen, nadie se puede sentir señor ni sometido. La renovación frecuente de los mandatarios resta importancia a los cargos públicos

que se reducen a una función ejercitada transitoriamente. Y así toda la atención de los particulares, de los hombres dotados de talento y energía, se dirige a la comunidad, a la que se esmeran en servir, ilustrar y enaltecer por ser la única que discierne los cargos y los honores. Como los pueblos no se interesan por realizar sacrificios innecesarios, ni intentar inútiles conquistas, prestan poca atención a los armamentos y a los ejércitos permanentes; pues prefieren emplear tales recursos en atender a su bienestar y a su cultura. Nunca las democracias son agresivas, aunque tampoco se dejen vejar impunemente.

Los defectos que se puedan imputar al régimen democrático son, en realidad, residuos de la oligarquía u objeciones derivadas de un concepto insolidario, proveniente de la pseudo-aristocracia. Solamente con la aplicación leal y justiciera de la igualdad política que corrige, rectifica y puede llegar hasta suprimir los excesos perniciosos de la desigualdad social, es posible despertar y hacer efectivo el sentimiento de comunidad patriótica, y promover la renovación espiritual del pueblo, acrecentando constantemente su grandeza y bienestar.

Para completar el parangón de la oligarquía y la democracia voy a reproducir algunos párrafos de un discurso de Almafuerte, muy poco divulgado, en el que hace la elocuente evocación de ese pasado sombrío, ya ignorado de las nuevas generaciones, y se contiene el anuncio, la profética visión, exactamente cumplida en sus líneas esenciales, de la realidad que estamos hoy viviendo.

En octubre de 1910, con motivo de un ataque dirigido a su poesía por un presbítero diputado, la juventud universitaria de La Plata improvisó en honor del poeta un homenaje que se realizó en la plaza Primera Junta de dicha ciudad. En el discurso de agradecimiento dijo, entre otras cosas, Almafuerte:

"Sí. Esto es un amable, un consolador suceso auspicioso; — una serie de circunstancias insignificantes en sí mismas, pero que al equilibrarlas Dios, en ese andamiaje prodigioso de puerilidades que él solo sabe combinar, — han producido este gracioso, insospechable ademán juvenil que es todo él una profecía, que es todo él un esplendoroso amanecer, que es todo él un decreto fulminante de destierro caído desde las cumbres de las nuevas anhelaciones y los novísimos programas de vida, sobre la testa llena de sombras lúgubres y de cerebraciones malditas, del infame, del sensual, del escéptico, del ignominioso caudillo eleccionario, a la voz del cual caudillo y a cuyas insinuaciones tonales rufianescas, se lanzaban los hombres a la vía pública como una cáfila de insensatos, como una irrupción de parásitos enloquecidos por el hambre, como un oleaje de inmundicias, como un escuadrón de cosacos furibundos, como una manada de esclavos ebrios, como una carretada de restos de alma, de sobras de hombre que un viento venido de las regiones de la miseria, de la incredulidad y la desesperanza desparramase por la calzada, arremolinase por los aires y depositase en catarata de lodo sobre los atrios, el día cien veces sagrado, cien veces transcendental, cien veces solemne, de los actos comiciales.

"Ya no se gobernará más a las multitudes argentinas desde los senos sombríos, silenciosos y herméticos de un comité; lo estoy viendo con mis ojos, con los ojos seguros y clarovidentes de la deducción... acaso no habrá que aguardar nada más que media generación!

"Los inútiles para todo trabajo honesto, los vilmente industriosos, los infamemente aptos para cualquier mutilación constitucional, los criminales acaparadores de libretas cívicas, los "caftenes" tenebrosos de la virginidad política de las turbas, ya no saldrán de él, — de aquel comité, — ungidos jefes de situación; procónsules de las provincias, de las ciudades, de las aldeas y de los simples caseríos y poblachos; influencias ministeriales a todo influir; extorsionadores del criterio de los jueces de paz y de los ministros de la suprema corte; distribuidores olímpicos de sonrisas, de promesas y de amenazas; buitres inhartables, — para ellos y sus clientes a la romana, — de la totalidad de los renglones del presupuesto... seres excelsos, intangibles, temidos, soberanos de los demás hombres!

"La sede, la cátedra, la cueva sibilina de los dirigentes, de los amasadores de efervescencia popular, no será más, nunca, la trastienda alcoholizadora de la pulpería, la cancha de las carreras y de la taba, el garito del comisario y la sala reservada de la meretriz propietaria del antro impúdico donde se degenera, se deprava y a veces se mutila para siempre la juventud: y los ciudadanos no se congregarán más

en la plaza pública, sino al redoble de tambor y al toque de clarín de los grandes propósitos, de las ideas más beneficiosas, de las doctrinas más favorables al bien de la República... Y serán muy escasos — tan escasos como maldecidos y repudiados — los que trafiquen con su derecho de votar, los que truequen su santísimo derecho de elegir sus mandatarios y representantes constitucionales, por la estúpida prerrogativa de embriagarse, de robar y matar impunemente...

"Y la vida de los hombres de gobierno será una vida de apostolado; y la política será el arte, será la ciencia más alta, porque será la tutelar de todas las ciencias, de todas las artes, de todas las actividades cerebrales y todas las nobles corazonadas de los individuos y de la masa total: será una cúpula fabulosa como la del cielo, una envoltura cristalina y vivificante como la envoltura atmosférica.

"Y la gran inconsciencia anónima será despertada, impulsada, orientada y transformada en conciencia nacional, voluntad nacional, anímica nacional, necesidad nacional imprescindible — tan imprescindible que sólo se atreverán a desconocerla o los netamente criminales o los netamente imbéciles, — y la gran inconsciencia anónima, digo, será convertida en conciencia nacional y como tal conciencia, presidida nada más que por los más sanos, los más buenos, los más meritorios, los más ilustres en fuerza de ilustración y de buenas obras, los más rectamente intencionados, los más positivamente talentosos, los

más ampliamente humanos, los más profundamente comprensivos del progreso de este pueblo; progreso que no es otra cosa — aquí y en todas partes — que el progreso de la libertad, del derecho, de la justicia, de la verdad, de la belleza, de la felicidad común, de la fraternidad humana, de la perfección universal".

Nadie podrá negar, con fundamento, a Hipólito Yrigoyen la paternidad de esa transformación: el despertar de "la gran inconsciencia anónima" que se ha elevado a conciencia y a voluntad nacional; por cuya conquista él ha luchado igualmente en la paz como en la guerra, durante "treinta años seculares"; tampoco podrá negar, quien posea sentido histórico, la magnitud de tal acontecimiento, que equivale a una nueva independencia; la liberación — ¡por fin! — del genio encadenado de la raza; el despertar de la vasta alma del pueblo, que en su cautiverio inmemorial vió desvanecerse tantos magníficos ensueños; la génesis de una aurora en que el bosque se puebla de cantos de zorzales, alondras y jilgueros. La canción del trabajo rumorea sus millones de notas armoniosas sobre la oceánica llanura de la mística pampa; y en la lejanía de su horizonte se recortan las figuras de D. Juan Manuel, padre trágico y sombrío de la unidad nacional, asistido de la dulce Manuelita; la siniestra sombra de Facundo, tocada de reflejos luminosos por los dedazos geniales que la modelaron; el alma atorbellinada de Sarmiento, cargada de tempestades redentoras, como Sinaí viviente; la augusta sombra de José de San Martín que se agiganta cu-

briendo el cielo; y más cerca de nosotros, alza su perfil escueto — macerado por los siglos, saturado de leyendas y significado cósmico — el simbólico y realísimo Alonso Quijano el Bueno, caballero ideal de la Justicia, transformado en *Don Segundo Sombra*. En el aire perfumado de la mañana pampera cantan campanitas de oro y vuelan entrelazadas las imágenes de Lucía y de "Zogoibi", mientras suspira el lamento de Santos Vega y bordonea, sentenciosa, la guitarra del gaucho Martín Fierro. Giran cóndores altivos alrededor de las cimas de las montañas remotas; y a través de la extensión inmensa — ¡oh luminosa visión, encendida de místicos fulgores! — trabaja, sufre y ensueña la humanidad, ya reconciliada, bajo el palio sacrosanto de la libertad, cuya triple invocación en el litúrgico himno es como cantar de aurora: allí conviven y fraternizan con el indio, callado y melancólico, y el criollo, altivo y sereno, el nómada judío, cargado con su culpa legendaria que él también, como Jesús, ha transfigurado en redención, y que expulsado, hace siglos, del idioma castellano, cuyos sonidos evocan en su historia amorosas resonancias, al par que amargos recuerdos, vuelve a ser acogido — sin limitaciones esta vez — por el mismo acariciante idioma; el ruso atormentado y anhelante, que encierra en su corazón el crisol de un nuevo mundo; el soñador alemán, que atesora en su mente el pensamiento de una humanidad futura; el galo universalista a quien le han nacido alas en el cerebro y el corazón; el itálico, jocundo y ardoroso,

desbordante de pasiones y fuerzas irreprimibles; el ibérico irredento, quimérico y cordial, siempre sediento de redimir; el anglo-sajón dinámico, pragmatizante, cuya diestra moldea la materia como un escultor la estatua; las razas nórdicas, hiperbóreas, nebulosas y pensativas; las razas orientales, cargadas de nirvana y de misterio; todas juntas, en fin, las variedades diversas de la especie humana que, como ríos al mar, traen para el alma argentina el tesoro de sus dones: sus virtudes, talentos y energías, tradiciones y leyendas seculares. Han caminado a lo largo de la historia y de los siglos — peregrinos de la tierra — a través de penurias y trabajos, sufrimientos, batallas y opresiones. Vienen con el alma henchida de dolor, el corazón lacerado de odios, amargo el pecho de humillaciones, y la mente cargada de esperanzas. Expulsados de sus lares, desarraigados de entre los suyos por la tiranía o la miseria, o por ensueños quiméricos, no han encontrado lugar alguno donde plenamente reposar.

Y por fin hallan aquí su tierra de promisión, una morada de paz en la que asentar su planta dolorida. Nada advierten que pretenda mutilar su condición de seres humanos; antes se les estimula para que ahonden y cultiven la hombría esencial que haya en ellos; así pueden aspirar a bocanadas profundas el oxígeno dulcísimo de la libertad, que es como el pan de las almas. La música que resuena más dulcemente en el corazón es el ruído de cadenas que se rompen.

Y así libre, emancipada, fundida amorosamente en el amplísimo abrazo que abarca desde el indio al

europeo, y que comprende todas las razas, doctrinas y religiones, la comunidad humana, redimida de odios ancestrales, emprende, con ágil paso, su marcha esperanzadora, en la mañana de un nuevo Día, hacia virginales mundos interiores, abriendo rutas ignotas a los destinos futuros, bajo el cielo infinito y luminoso de la conciencia argentina.

XII

DEMOCRACIA SOCIAL

Tal como se ha dicho en el primer capítulo, los principios adoptados por la Constitución y desarrollados luego, en los diversos aspectos, y en su línea esencial, por todos los pensadores argentinos contienen en sí los gérmenes de un cambio fundamental en las relaciones de derecho entre los hombres: el de la substitución de la ley de la fuerza y de la competencia antagonística por la ley cristiana del amor y de la solidaridad humana; "tan necesaria para cada individuo — según Almafuerte — como la gravitación universal para cada uno de los astros".

Es, pues, misión argentina, y en el cumplimiento de ella reside la potencia incontrastable del impulso evolutivo de este pueblo, la de crear un nuevo derecho que equilibre la tendencia individualista, propia de la personalidad, con el sentimiento solidario que, en el aspecto político y económico, ha de imponer el Estado entre los hombres.

Porque el problema social que ha venido agitando el Occidente con trágica intensidad durante el siglo último, más que económico es un problema de dere-

cho, que quiere decir, en definitiva, de religión, — no de religión confesional, ya se comprende — de sentido moral y hasta de intelectual eficacia.

¿Cómo es posible, en efecto, que el derecho sancione, que la religión consienta, que tolere la moral y la inteligencia apruebe el hecho de que un hombre, por ser el propietario de leguas de terreno adquirido quién sabe con qué títulos, pueda tratar a las gentes que dependan de él lo mismo que al ganado de su estancia? ¿Cómo puede admitirse que en virtud de la falaz libertad del trabajo el dueño de una fábrica o industria en cuyas manos se encuentra la tranquilidad y la vida del hogar de miles de productores imponga a éstos las condiciones que le plazca? ¿O que en el ejercicio del famoso derecho de uso y de abuso, el propietario de casas de alquiler, en una gran ciudad, someta a sus locatarios a exigencias absurdas y leoninas, como la adoptada un tiempo en Buenos Aires de no querer aceptar por inquilinos a matrimonios con prole? ¿O que los especuladores confabulados acaparen un artículo de primera necesidad para obligar a pagar su precio multiplicado, y enriquecerse, así, a costa de los intereses colectivos y del hambre del pueblo, ejerciendo una especie de bandidaje legal?

Todas esas y otras muchas formas existentes de exacciones, depredaciones y abusos constituyen otras tantas infracciones contra los principios inmanentes del derecho, la razón y la moral, que denotan una sociedad carente, en absoluto, de sentido religioso y hasta de simple instinto social de conservación; por-

que amparando tales desmanes se socavan los cimientos de la convivencia humana y ni siquiera se favorece a los mismos que los ejecutan quienes con ello solo consiguen desmoralizarse más.

Pues ¿para qué se ha creado el poder social, para qué existe el gobierno, la autoridad representativa de las mayorías, si no es para proteger a los indefensos y desposeidos contra el poder abusivo de los fuertes; para limitar el ejercicio de las libertades que destruyen o dañan los intereses comunes; para hacer efectivos los derechos a la libertad, al trabajo y a la vida de los que no están en condiciones de asegurárselos por sí mismos? Si es lícito permitir que el negociante, el propietario, el poderoso industrial abusen de la fuerza que en forma de dinero o propiedad ha puesto la sociedad en sus manos, ¿porqué no se permite al asaltante que utilice su fuerza para desbalijar al prójimo, y al estafador que use su astucia despojando a los incautos? ¿No son, todos esos casos, simples variantes del empleo del engaño, de la violencia, con idénticos efectos antisociales?

Tales derechos ilimitados que se reconocen a los prepotentes no son más que formas primitivas y anárquicas del individualismo inhumano; propias solamente de los tiempos anteriores a la aparición del cristianismo.

¿Puede darse un hecho más absurdo, en fuerza de injusto, que el de que en un país gobernado por la democracia se sofoquen las reclamaciones del obrero poniendo al servicio del capital — extranjero con fre-

cuencia — las fuerzas del ejército, pagado y mantenido por el pueblo, el cual se ve, de este modo, humillado y vencido con sus propias armas? ¿Y no ha sido esa la tradición vigente en nuestro país — como en casi todos los demás países — hasta la presidencia de Yrigoyen, quien suprimió ese inícuo precedimiento con el escándalo consiguiente de la minoría capitalista y conservadora?

Para entender y admitir esos principios tan sencillos y evidentes no es preciso profesar ideas socialistas ni avanzadas. No hace falta haber leído a Proudhon, ni a Kropotkine, ni siquiera a Duguit. Basta el sentido común, un concepto de justicia, la aplicación de principios éticos y sentimientos sociales. El socialismo no ha hecho más que complicar ese problema tan sencillo, tratar de imponer un dogma, opresivo como tal, y rebajar el tono de la cuestión convirtiendo en lucha irreductible de estómagos e intereses lo que debe resolverse en armonía superior por el ejercicio de valores éticos y principios democráticos.

Si el gobierno representa a la mayoría de la nación ¿en beneficio de quién debe legislar, si no es de la mayoría del pueblo y para bien de todos? Porque la grandeza y la prosperidad de una nación — esto es tan claro que el enunciarlo resulta perogrullesco — no consiste en permitir, en fomentar el enriquecimiento ilimitado de una minoría privilegiada (a la cual desmoralizan sus mismos privilegios tornándola irreligiosa, amoral y antipatriótica) ; sino en apoyar

y proteger a la mayoría productora y desposeída; en abrir horizontes y posibilidades de mejora al trabajo fecundo; en defender los derechos de los humildes y coartar las exacciones y violencias de los poderosos; en proceder de manera que todos los ciudadanos se sientan hijos de la nación y encuentren facilidades para ejercer con provecho, en beneficio común, sus talentos y energías.

Esas son las consecuencias naturales y legítimas de la democracia, que no puede reducirse a las apariencias de la igualdad política meramente. Y si no sucede así en pueblos que se dicen democráticos es porque la democracia, allí, ha sido falsificada por la inmoralidad de los gobernantes; y gobierna una clase, en realidad, en lugar de gobernar el pueblo. Este gobierno de clase que reune en sus manos la riqueza y el poder y utiliza éste en su solo beneficio, cometiendo así una usurpación para mantener con ella el derecho de la fuerza, en perjuicio de la mayoría, es la causa real de todas las iniquidades que se cometen a diario en los pueblos de Occidente; el origen de la división social y del estancamiento evolutivo de las razas; lo que ha engendrado el gobierno de las cosas substituyendo al gobierno de los hombres; lo que ha determinado el desarrollo del implacable individualismo que nos domina; lo que favorece la exacerbación del sensualismo, trocando todo nuestro progreso en una puja sangrienta, en una rebatiña universal; lo que ha destruído todos los lazos de religión, de moral y patriotismo para lanzarnos en una lucha

enloquecida de clases y de pueblos por el dominio de la riqueza, que sólo con nuestra ruina puede acabar. Pues de no rectificar el camino suicida que seguimos caeremos bajo el dominio de las razas orientales a las cuales pretendemos someter a nuestro inmoral sistema, sin advertir que sus sentimientos colectivos, su religión espiritualista, su concepción solidaria de la existencia son una bomba explosiva que estallará en nuestras manos el día en que las queramos oprimir.

Ahí radica, entre nosotros, en nuestro falso y materialista — burda y groseramente materialista — concepto de la vida, el verdadero peligro asiático.

Los enunciados principios democráticos, de verdadera y leal democracia, que se funda en normas religiosas, éticas y solidarias, son los que han informado los mensajes, las leyes y la acción de estadista del presidente Yrigoyen.

Ellos han determinado la creación de una vasta obra social que ha transformado en ese orden la faz de la República, arraigando la tranquilidad común y el próspero desarrollo del país, aun a pesar de no haber logrado el Dr. Yrigoyen la realización de todos sus deseos por la oposición conservadora.

El proyectó — y consiguió que la mayoría se aprobasen — entre otras, las leyes de salario mínimo para los obreros del estado; el aumento de los sueldos inferiores a 300 pesos; el pago en moneda nacional a los obreros de los territorios y provincias del Norte; la inembargabilidad de sueldos, salarios, jubilaciones y pensiones hasta 200 pesos; el abaratamiento del

pan y del azúcar; la creación — en momentos de grave crisis económica — de la olla popular, tan ridiculizada por aquellos que no se explican, ni lamentan, la miseria de los hambrientos; las leyes de conciliación y arbitraje del trabajo; las del contrato colectivo; del trabajo a domicilio fijando un precio mínimo de remuneración; de asociaciones profesionales y el código del trabajo. Fomentó la creación de la vivienda para obreros, empleados, ferroviarios, vigilantes, y proyectó la inversión de cincuenta millones de pesos para la construcción de casas baratas; estableciendo, a la vez, la ley de alquileres, por la cual se prohibía el aumento de éstos, que fué tan beneficiosa para el pueblo productor. Consiguió la aprobación de las leyes, hoy vigentes, de jubilaciones y pensiones para empleados ferroviarios, de tranvías, teléfonos, telégrafos, gas, electricidad, radiotelegrafía y empresas bancarias particulares.

Proyectó y logró, asimismo, la sanción de la famosa ley 11.289, de jubilación de los obreros del comercio y de la industria. "El interés de esta ley — dice en el mensaje respectivo de 4 de agosto de 1922 — no radica en sus cláusulas aisladas, sino en la consagración del concepto de justicia reparadora que la inspira y en el alto deber de asegurar el bienestar de los hogares, que forman la base esencial de la vida de toda la República. El poder ejecutivo desea amparar, si fuera posible, a todos los habitantes del país, que por su posición de modestos obreros del bien nacional, deben ser justamente resguardados por el concurso permanente de la alta razón de estado".

Nunca se había invocado, hasta Yrigoyen, la razón de estado para obrar en beneficio del pueblo, para aumentar sus derechos, sino para proceder en contra suya.

Esa ley tan benéfica, urgente y progresista, de la cual decía el mismo que presentó el proyecto de derogación: "es el fruto de un esfuerzo generoso, de un alto pensamiento de gobierno. Con ella se quería satisfacer anhelos de pacificación espiritual, de solidaridad social, resolver uno de los problemas más punzantes derivados de la organización económica contemporánea"; esa ley tan elevada y humanitaria fué derogada en 1925 por la acción conjunta — ¡quién lo creería! — de algunos sindicalistas, los patronos, el partido socialista y el bloque conservador. ¡Así demuestran su amor por los trabajadores ciertos redentoristas profesionales!

A ese respecto dice el Dr. José Bianco, profesor de derecho de la Universidad de La Plata, en su bien meditado y documentado estudio "La doctrina radical", cuya lectura recomendamos, lo siguiente:

"Entre el conglomerado que se opone a la ley civilizadora, se destacan, en primer término, los egoístas enriquecidos, que se vanaglorian de ser extraños a las penurias y a las desventuras, para ser, al mismo tiempo, servidores del régimen que amparan y los ampara en sus ambiciones subalternas. Insensibles a la desgracia ajena, les falta el concepto moral que define la dignidad del trabajo. Carecen de sentimientos que ennoblecen la existencia y suavizan las

asperezas en las luchas angustiosas de la vida. No se conmueven al contemplar la niñez abandonada en los tugurios, desnaturalizada por el vicio y martirizada por la miseria. Por eso, poco o nada se preocupan del hondo dolor que forja la pobreza, herida por el infortunio o incapacitada por la vejez".

No termina aquí la obra social del presidente Yrigoyen: restituye al estado la propiedad de unos seis millones de hectáreas de tierra pública, poseídas indebidamente, detentadas por inmensos latrocinios cometidos a la sombra de los gobiernos del "régimen" y entrega más de siete millones de hectáreas, distribuída orgánicamente, a la explotación de los colonos, cuyo arraigo y desarrollo favorece con diversas leyes de protección agraria que permiten el cultivo y el fomento de la principal riqueza nacional, a la vez que la emancipación económica de los pobladores.

En los distintos mensajes de la presidencia de Yrigoyen se contiene toda una doctrina de gobierno fundada en el principio de la solidaridad social y la justicia.

Para dar sólo una idea de esos conceptos, emitidos por primera vez desde el gobierno, voy a transcribir algunos párrafos de los mensajes proponiendo la adopción de medidas para el abaratamiento del azúcar.

"En la ausencia de una ley previsora, (decía en el mensaje de 10 de agosto de 1920) capaz de impedir los acaparamientos y los trusts de artículos vitales para la subsistencia, se hace necesario adoptar una

medida ocasional, que contenga el abuso y acaso llegue a ser una lección saludable para los que especulan sobre el hambre y la sed del pueblo que trabaja. El poder ejecutivo no ha trepidado en llegar a esta conclusión, profundamente convencido de que la alta razón de estado, no tan sólo se fundamenta en los primordiales conceptos de orden público, sino que debe realizarse por medio de las funciones de gobierno, en garantía, seguridad y bienestar de los pueblos, para que ellos no sufran las confabulaciones de malsanas tentativas. Hemos venido a las representaciones públicas acatando los mandatos de la opinión y estimulados por el deber de reparar, dentro de nuestras facultades y en la medida de la acción del tiempo, todas las injusticias morales y políticas, sociales y positivas, que agraviaron y laceraron al país durante tanto tiempo. Por esto no habremos de declinar, en ningún caso ni circunstancia, de tan sagrados fundamentos, porque ellos constituyen la salud moral y física de la patria".

Como el Congreso se resistiera a sancionar la medida solicitada, fundándose en supuestos impedimentos de orden constitucional, reiteró el presidente su proyecto en un nuevo mensaje de 31 del mismo mes en el cual refiriéndose a ese asunto decía, entre otras cosas:

"No va — el proyecto aludido — contra ninguna disposición constitucional, sino que por el contrario, interpreta fielmente sus mandatos. No puede pretenderse que la constitución, donde está condensado el

espíritu de la nación, todos los anhelos de su vida múltiple y todas las promesas con las cuales ha de llenar su cometido humano, haya querido en sentido alguno acordar garantías en favor de los que conspiran contra tan vitales propósitos.

No puede jamás suponerse que los patriotas que llegaron al fin a modelarla y sancionarla, inspirados en las más puras idealidades de justicia, hayan pensado en resguardos calculados para los que lucran con la salud y el bienestar del país. Por consiguiente rehusar una ley de moralidad y de bien público, invocando la constitución, es la desviación más honda de sus fundamentales preceptos. Erróneamente se encara esta iniciativa como un caso simple de expropiación común, sometido a las reglas ordinarias. No es ésta, sin duda alguna, la finalidad de ese proyecto. Es una medida de salud pública impulsada por altos fines de armonía social. Marca un concepto de gobierno y una orientación económica, que el poder ejecutivo está decidido a aplicar en todos los casos en que se intente por maniobras semejantes elevar artificialmente el precio de los artículos de primera necesidad. *Si los poderes públicos no adoptan con rigor medidas de esta naturaleza, no sólo no llenarán su imprescindible función social, sino que, al amparo de su tolerancia, se especulará con el hambre y la necesidad del pueblo.* Tras grandes esfuerzos, el país ha conseguido establecer su vida constitucional en todos los órdenes de la actividad democrática; pero le falta fijar las bases primordiales de su consti-

tución social. Esta no se alcanzará mientras los gobiernos no se compenetren de su esencial deber de propulsar los medios para que la justicia discierna sus beneficios a todos los rangos sociales tal como los sentimientos humanitarios imponen a la civilización. *La democracia no consiste sólo en la garantía de la libertad política*: *entraña, a la vez, la posibilidad para todos de poder alcanzar un mínimum de bienestar siquiera.* Si esta posibilidad no existe, debemos reconocer que la situación por que se atraviesa puede llegar a ser desesperante y que ha de evitarse como una sagrada imposición de orden público, fijando una mejor y más justa distribución, siquiera en lo que se refiere a lo más indispensable para poder vivir modesta y honestamente, sí, pero tranquilos, sanos y vigorosos. Basta pensar que la generalidad de los hogares atraviesa la existencia con un presupuesto estrecho y generalmente insufiente aun para las necesidades más indispensables y comprenderemos lo que significa la duplicación brusca de las exigencias diarias. (Era la época inmediata a la terminación de la guerra en la que se había, en efecto, duplicado y triplicado el precio de los artículos de primera necesidad). Solamente — continuaba — los que no se han sentido pobres nunca o los que no hayan puesto su magnanimidad al alivio de las escaseces ajenas, pueden ignorar la amargura que importa esa situación frente a los que se enriquecen a expensas de sus angustias. Bien sabemos que los hogares son las bases fundamentales de la existencia,

cuando ellos están amparados por una moral benéfica y por una existencia acomodada. Si esto falta, todo es alteración, retardo y desigualdad irritante, que mantiene a los pueblos en continuas inquietudes y en profundos recelos dentro de su propio seno. De ese estado psicológico es de donde surgen y se aparejan los malos elementos que producen la conocida delicuencia, no sólo por su propia índole, sino porque muchas veces arrastran también a los buenos, desde que se necesita gran serenidad de espíritu y energía de carácter para que los hombres no busquen refugios sino en sí mismos, cuando se ven labrados por tantas y tales injusticias. Para la felicidad de la República, la mayor parte de sus trabajadores son hombres de hogar y de familia, honestos y de sanas costumbres, porque no sólo merecen la protección nacional, sino todo el bien posible, conforme con la riqueza y prosperidad del país; pero hoy no todos disfrutan de estos beneficios, sintiendo, por el contrario, sobre ellos, las gravitaciones de un malestar constante. El gobierno — dice finalmente — inspirado en esos ideales ampara todas las clases, porque el poder del estado es un factor esencial de justicia y cuida de todos los intereses buscando en el bienestar común la seguridad de cada uno; corrige la desigualdad en la órbita de sus facultades, proponiendo leyes como aconsejando soluciones, pero la obra será poco eficiente si los intereses egoístas persisten en prevalecer sobre las justas demandas que garantizan la tranquilidad de todos".

Aquel que se encuentre libre de prejuicios y tenga el oído afinado en esta materia percibirá en las palabras anteriores el timbre de un claro acento que proviene de honduras psicológicas en las que domina el sentimiento de comunidad. No es una tendencia doctrinaria o partidista, derivada de conceptos cerebrales, la que inspira ese criterio; ni es tampoco el instinto de defensa que, ante la amenaza de la rebelión posible, recurre a la concesión de una parte de los privilegios para poder salvar la restante. Es un impulso de humanidad, un sentido de justicia; conciencia solidaria del gobernante que asume sobre sí la responsabilidad de la miseria del pueblo, y los dolores sociales, y se adelanta a aplicar el remedio factible para prevenir amargas consecuencias. Esa es, en realidad, la cualidad dirigente: la que antes de preocuparse de la conveniencia propia, piensa en las necesidades de los menesterosos y acude a remediarlas. La práctica habitual de los gobiernos y de las clases sociales elevadas consiste, por el contrario, en cerrar el corazón y los oídos a la voz del sufrimiento humano; y cuando éste clama y se desborda atribuir toda la culpa a los agitadores para ejercer sobre ellos un escarmiento. Así es como se enciende y se fomenta en el alma de la masa el odio y la rebeldía y se provocan las luchas disolventes. Pero las clases conservadoras, en su demente egoísmo, rechazan esa armonía constructiva que hace fecunda la paz social. Ellas prefieren la guerra, la discordia, el uso prepotente y despiadado de la violencia, que engendra en el cora-

zón de los sometidos las ansias homicidas de Caín. Por eso no agradecen a Yrigoyen que haya sabido, con su política, evitar a la Argentina el enconamiento de esa llaga de la excesiva desigualdad, que envenena la vida de los pueblos. Por eso han conseguido derogar la ley de jubilaciones, que tanto bien habría hecho, en lo futuro, a las clases productoras. Por eso protestaron irritados contra la ley de alquileres, que les impedía exprimir sin tasa, a los sometidos a su yugo, en nombre del sagrado derecho de propiedad. Porque para ellos su propiedad es cosa sagrada; pero no es sagrada, en cambio, la propiedad del obrero, que consiste en su vida, en su salario y en la vida de los suyos; a pesar de que en ella se contiene la vida y el porvenir de la nación.

Para desacreditar, así, los efectos de esas leyes les atribuyeron los famosos y socorridos fines electorales. Mas no pudieron hallarles tales fines a los donativos hechos por iniciativa de Yrigoyen, — y en concepto de préstamo para evitarles carácter deprimente — con objeto de aliviar la espantosa penuria que sufrían, a los pueblos de Viena y Rusia; a cada uno de los cuales se le entregaron, en víveres, cinco millones de pesos. Las pobres muchedumbres de esos países, que perecían de inanición, no iban a votar por el radicalismo, y en nada podría pesar su agradecimiento en las balanzas electorales. Acciones generosas de esa índole son las que hacen efectiva entre los hombres la ley de solidaridad, que no puede cimentarse

únicamente sobre teorías altruístas ni con palabras halagadoras.

¡Cuántos sufrimientos ha omitido, cuántas miserias y angustias ha evitado a la clase productora la obra social de Yrigoyen! Si eso es electoralismo hay que bendecir mil veces a la ley electoral. Pero ¿cómo es que sus adversarios no recurren a los mismos medios para ganarse la voluntad de los electores, sino que suprimen, al contrario, esas benéficas leyes y pretenden, en cambio, arrebatar al pueblo la conquista del sufragio libre?

Tan amplia ha sido esa obra de Yrigoyen que ha hecho vana la prédica socialista, de donde emana el rencor apasionado que alimentan contra él esos interesados redentores a quienes importa mucho más conservar a sus clientes, alimentándoles de esperanzas, que conseguir la realización de los principios que dicen profesar.

XIII

DEMOCRACIA UNIVERSITARIA

La mentalidad beocia, limitada, que se encierra en sí misma complacida y proclama, con la suficiencia del microbio de la gota de agua, de Bartrina, que se encuentra en el mejor y más perfecto de los mundos, no percibe la tragedia de la subalternización en que vivimos, en el orden intelectual y en otros muchos aspectos fundamentales, la latinidad, en general, y principalmente los íbero-americanos. Pero la mente avizora que contempla el espectáculo mundial y advierte que las corrientes virtuales del espíritu y el pensamiento circulan por meridianos muy distantes de los nuestros; que hemos permanecido, desde hace luengos años, vueltos de espaldas al sol de la Voluntad Providencial, y en la actualidad ni somos sino, ni nos hallamos, siquiera, en contacto con él; pues lo padecemos, al contrario, con inconsciencia completa y aun acariciamos la suicida pretensión de actuar en contra de sus designios; esta mente despierta y vigilante que mira más allá de las fronteras y se adelanta al presente, siente un íntimo terror, un pavor metafísico, al pensar en lo futuro y en los destinos que

aguardan a nuestra raza si persiste en su ciega desviación de los caminos vitales. Pero lo más desconsolador de esa obscura tragedia silenciosa es que nosotros no somos razas inferiores, ni por nuestra herencia cultural — greco-latina — ni por la índole substancial de nuestro carácter. Poseemos, en realidad, cualidades dirigentes, psicología sintética y dominante, capaz de penetrar la esencia de la vida y de conciliar sus antinomias; de abarcar el mundo circundante e imponer a la corriente de la evolución humana un sentido superior cuya ausencia gravita sobre los destinos de Occidente con caracteres siniestros de catástrofes humanicidas en inevitable gestación. Albergamos nosotros, en efecto, un ideal latente de la existencia, atesoramos en nuestro ser una aprehensión intuitiva y sedimentada de los valores supremos que nos capacita para superar todos los progresos exteriores y reducirlos al rango que les corresponde de simples instrumentos del espíritu.

Mas para dar efectividad a las expresadas cualidades necesitamos, primero, dominar el espíritu; sobreponernos a todas las contingencias del pensamiento; afrontar los riesgos de la inteligencia y asimilar los valores elaborados por la conciencia viviente de la humanidad. Y en lugar de emprender esa tarea nos encerramos, como ostras, dentro de nosotros mismos; nos rodeamos de chinescas murallas ilusorias y decretamos que el mundo exterior no existe, mientras éste avanza, arrollador, invadiendo el campo de nuestras posibilidades y reduciéndonos al papel fan-

tasmagórico de muñecos inertes, dotados únicamente de facultades inhibitorias, y convertidos, por tanto, en obstáculo pasivo, y obstinado, contra el avance de las energías transformadoras de la realidad universal.

La acción democratizante de Yrigoyen y el hálito candente del incendio ruso dieron a los estudiantes cordobeses la conciencia vaga de estos hechos, y ello determinó la iniciación de la Reforma. La universidad de Córdoba había permanecido — y sigue aún — sepultada en su castillo teológico, entregada al espíritu jesuítico, sumergida en el alma de la Colonia, en su sueño secular; ajena, substancialmente, a la emancipación y sin noticia, siquiera, de todos los progresos y cambios posteriores. ¿Qué extraño poder estático, qué maleficio de inercia es éste que nos posee? Inútil es que nos desprendamos, con demasiado cómodo impulso, de toda responsabilidad para lanzar esa culpa sobre los hombros del catolicismo clericalizante. No sigamos obstinándonos en representar esa inocente farsa. Asumamos virilmente nuestra irremisible culpa. Sólo de esa manera podremos redimirnos. Reconozcamos, lealmente, que ese rezago estupendo en los caminos del mundo no es obra de una secta determinada, en la que todos hemos hallado el comodín que requiere nuestra inercia. No persistamos ingenuamente en el engaño. La quietud sepulcral del catolismo, entre nosotros, no es más que la forma que reviste nuestra indolencia ya inmemorial. A favor de esa hipnótica modorra, de afectos paralizan-

tes, disolutivos, hemos renunciado, por completo, a los atributos substanciales que caracterizan la vivencia de una raza: en lo moral el sentido ético, y la sinceridad en lo intelectivo. Hemos creído, puerilmente, que la ética y la sinceridad no son más que valores convencionales, impunemente substituíbles. Nos ha cegado y enloquecido nuestro orgullo. Hemos pretendido detener el tiempo y suplantar a la providencia. Con una imagen antropomórfica, cristalizada, estática, o con palabras sonoras, hemos querido substituir la substancia inmanente de Dios vivo; y así nos hemos trocado en momias faraónicas en quienes sólo funcionan los órganos digestivos, únicos que han resistido a nuestra fosilización. Sucede, pues, que en nosotros no rige más que el estómago; la conciencia está atrofiada, como un reloj parado, y la cabeza es un instrumento decorativo. ("Podría escribirse un *discurso sobre la indiferencia en materia de ideas* y resultaría el diagnóstico del cerebro latino", dice un pensador francés). Así, cuando la influencia de los acontecimientos rusos repercutió vivamente en el estómago y despertó vagas resonancias cerebrales, se promovió la Reforma universitaria, partiendo de la Córdoba feudal y extendiéndose al resto del país en cuyas universidades el dominio del estómago revestía el aspecto de un predominio de casta, concretado en nepotismo y oligarquía paternal. La amplitud idealista del Presidente Yrigoyen permitió a la juventud desplegar toda su talla y encarnar la potencia renovadora hasta convertirse en un turbión que ba-

rrió todos los diques y logró insuflar su fuerza vivificante a los organismos universitarios, sumidos en el letargo, e imprimir estructura democrática en el gobierno de la universidad. Gracias a esa elevación de miras de la presidencia, que dejaba al pueblo en libertad para gobernarse por sí mismo, presenció la Argentina el espectáculo, turbador para el pasado, pero de índole reconfortante y promisora, de una juventud no mutilada que pensaba en alta voz y daba rienda suelta a sus ensueños. La cruzada de renovación cobró, en consecuencia, acentos universalistas; se aspiraba a redimir de la servidumbre intelectual a la juventud de un continente. Mas reemplazó a Yrigoyen una presidencia neutra que toleró la substitución de los imperativos éticos y democráticos por la sórdida llamada de las conveniencias personales. Y recobró nuevamente sus derechos el estómago. Como la tal Reforma no había nacido en el espíritu, ni provenía de valores éticos perennes, arraigados en el corazón, la marchitaron los vientos materialistas que soplaron desde las alturas y quedó reducida a un inofensivo juego electoral, a un instrumento más del estómago, cuyo imperio resurgió con renovadas hambres, imponiendo sus pragmáticas utilitarias. De esta manera reconquistó sus prerrogativas el pasado, malogrando aquel esfuerzo homérico; y el alma universitaria retornó a sus cauces digestivos, alejando con hondo regocijo las atormentadas contingencias del pensar, las trágicas aventuras de la lucha por el sino, para volver a su lenta y amodorrante digestión epicúrea.

Porque, necesario es declararlo: la democracia desnuda de valores éticos, ayuna de ideales superiores, no puede prevalecer; pronto degenera y se desnaturaliza hasta reducirse a una palabra hueca, apta para convertirse en instrumento de los audaces o en argumento de farsa aristofanesca que protege y disimula con eficacia el imperio voraz de los instintos.

Y ese ha sido el valor predominante, insubstituible, de Yrigoyen: haber dotado a la democracia de los valores éticos idealistas que constituyen su médula vitalizante. Cuando la democracia arranca de abajo, nutriendo todo su impulso en apetitos elementales, no es más que la presión de una fuerza natural cuyo legítimo triunfo, inevitable generalmente, importa en muchos aspectos una retrogradación que apareja la injusticia y provoca, después, la reacción concordante para imponer los valores del conocimiento y la aptitud apresuradamente desconocidos; los que vuelven a predominar restableciendo, a su vez, la oligarquía. Mas cuando ese impulso democrático desciende de las alturas, de conciencias generosas y evolucionadas que se identifican con los ideales de la masa para elevarla en esencia hasta su nivel, entonces es energía vigorizante que fecunda los espíritus y asienta el plano vital sobre nuevos ejes colectivos de comunión metafísica; entra en la línea de fuerza de los destinos humanos y se somete a la ley de las renovaciones permanentes.

Yrigoyen no hizo la Reforma; no era esa su misión; permitió solamente que se realizara con providente

índole paternal, y con gran escándalo del elemento conservatista, que descubrió en ello otro recurso electoral. Porque de advertir es que las fuerzas reaccionarias le han encontrado a Yrigoyen los propósitos electorales en sus actos, sus palabras, sus silencios, su retraimiento obstinado, sus acciones generosas y hasta en sus funciones digestivas.

Planta apenas arraigada en el alma inconsistente de la juventud, necesitaba un cuidado vigilante y protección decidida y sabia por parte de los hortelanos dirigentes. Es lógico, por lo tanto, que cuando fué reemplazada la acción del hortelano por la influencia de los instintos utilitarios de hombres sin ideales, se marchitara esa planta sin llegar a producir sus benéficos frutos. Quedó convertida, pues, en un raquítico arbusto, cargado de promesas, que ni siquiera pudieron convertirse en flores. Es en vano atribuir la culpa a la juventud; porque a ella le es imposible remover, ni aun a costa de su sacrificio personal, obstáculos seculares.

Unicamente una nueva presidencia de Yrigoyen lograría reanimar la planta aletargada y permitirle que retomara su desarrollo para llegar a la madurez germinativa que iniciara la superación del ideal económico y la cultura libresca, intelectualista, para reemplazarlos por los ideales colectivos del espíritu y el cultivo del carácter.

XIV

DEMOCRACIA INTERNACIONAL

Oportuno es recordar en estos momentos el entusiasmo casi delirante que provocó la campaña democrática de Wilson al finalizar la guerra. Una vívida ráfaga de esperanza extremeció al dolorido corazón humano. Pareció que iba a iniciarse una era de concordia para el mundo y que sería, al fin, substituído el feroz antagonismo por la colaboración pacífica entre los pueblos. Tales ilusiones, desgraciadamente, resultaron en extremo efímeras. Ni Wilson fué del todo sincero, y lo suficiente firme en sus propósitos, ni la plutocrática codicia y ambición de los gobernantes europeos permitió que cobrase realidad el ideal de justicia entre las naciones. Los oligarcas de Norte América se apresuraron a desmentir los pacifistas anhelos wilsonianos, negándose a que su pueblo, a quien ellos manejan como amos, ingresara en la Liga de Naciones.

Vino la constitución de la expresada liga de cuya índole y acción iba a depender en adelante el porvenir de la humanidad. Casi todas las naciones, y principalmente los gobiernos aliados europeos, fue-

ron a ella con el fin de asegurarse un puesto predominante y constituirla en instrumento de dominación para su propio país. Pretendían distribuirse los votos y los cargos de acuerdo con la importancia o el poder de cada nación excluyendo a los países derrotados y a la Rusia bolshevique. Esto equivalía a erigir en principio de justicia y en norma internacional el derecho de la fuerza. Solamente la Argentina, obedeciendo al imperativo de su historia y de su tradición, de su índole mesiánica, que le asigna una misión universal, nueva en el mundo, concurrió a aquella asamblea de egoísmos, desprovista de intereses peculiares para proponer que se adoptara como base el principio del derecho: que se admitiese a la Liga a todos los estados soberanos en absoluta igualdad de condiciones y se instituyese el arbitraje general obligatorio ante una Corte de Justicia Internacional; iniciando de este modo la democracia efectiva entre todos los países. Lo insólito de tal proposión en un ambiente mezquino de maquiavelismo subalterno y de apetitos insanos; el proceder intachable de la delegación al abstenerse de comprometer su voto y sus opiniones en las deliberaciones previas; su retiro solemne de la asamblea, en virtud de no ser aceptadas sus proposiciones, revistió aquel acto trascendente de una significación universal que alumbró como una llamarada de justicia el sórdido congreso de la Liga y elevó el nombre argentino sobre un pavés de idealismo que le dió singular culminación en la gestación futura de la historia. En aquel momento decisivo, en

que se trazaba el rumbo de los destinos humanos, la Argentina encarnó la voz del sino: sus palabras expresaron los anhelos de toda la humanidad. Frente a ella definió su posición opuesta de egoísta aislamiento, contrario a los designios de la especie, la orgullosa plutocracia yanqui. No tenemos, pues, por qué temer ni envidiar sus escuadras ni su oro; bástenos con encarnar la corriente vital de las fuerzas cósmicas. No hay poder humano alguno capaz de prevalecer contra potencias providenciales.

Los telegramas y documentos en los cuales la diplomacia argentina formuló su novísima doctrina pertenecen a la historia universal. Por primera vez un pueblo identificaba sus palabras y su voluntad con el sentido esencial del cristianismo. Merecen recordarse algunas de las palabras consignadas en los telegramas respectivos: "La República Argentina — decíase en uno del 20 de octubre de 1920 — concurre a la asamblea de la Liga sin prejuicio alguno: Va sinceramente animada del deseo de la paz universal, a cuyo fin presentará proposiciones fundamentales completamente propias y de las resoluciones de dicho congreso a su respecto dependerá su solidaridad o no con los actos a realizarse". Y se exponía la doctrina sustentada en otro telegrama de 24 de noviembre del mismo año: "Entiende el gobierno argentino que la concurrencia de la república a la asamblea de Ginebra significa la congregación de una solidaridad universal, según la cual todos los Estados comparten sus deberes naturales de un común anhelo de paz,

sin, por ello, declinar de sus derechos como tales. En una palabra, no es una sociedad o Liga de Naciones que disminuya o menoscabe la individualidad de la soberanía, ni comprometa facultades, sino que mantiene incólume el concepto de la integridad, de la independencia y la libertad de las mismas, para fijar los destinos históricos de cada una de ellas, debiendo esforzarse en llegar a armonizar los propósitos de cooperación internacional, en la obra de la consolidación de la paz definitiva del mundo... el gobierno argentino creyó siempre ser condición absoluta del éxito, la circunstancia de que todos los estados soberanos concurrieran a la reunión de Ginebra. Este carácter de universalidad que la asamblea debía revestir, no podía, en manera alguna, ser restringido sin desnaturalizar la esencialidad determinante de su convocatoria. Si el carácter de universalidad es la condición absoluta cuya observación justifica la cooperación internacional sobre bases comunes y la posibilidad misma de la asamblea, a su vez el concepto de igualdad de todas las naciones concurrentes es la condición indispensable para su funcionamiento, de acuerdo con la independencia que ninguna de ellas puede declinar sin abdicar del cumplimiento de la misión que le corresponde en los destinos de la Humanidad".

Estos altos principios, cuya adopción habría significado la iniciación de una nueva era en los destinos humanos, fueron rechazados por el Congreso de Ginebra, donde primaba un espíritu "deliberadamen-

te reacio a las grandes y nobles soluciones". Ello determinó el retiro de la delegación, la cual manifestaba en telegrama de 11 de diciembre de 1920 del ministro Torello dirigido al ministro Pueyrredón: "La Nación Argentina, parte integrante del mundo, nacida a la existencia con tan justos títulos como cada una de las demás, no está con nadie ni contra nadie, sino con todas, para bien de todas. Ha asistido al Congreso sin prejuicios ni inclinación algunos, llevando en su definición de conceptos la unción santa de una nueva vida universal que siente y profesa profundamente. Se ha encontrado sola en la hora de las deliberaciones sobre los ulteriores destinos de la paz humana, no buscando adhesiones y aun declinando las que gentilmente se le ofrecieron, porque no deseaba comprometer a nadie en la defensa de sus postulados por sagrados que sean; pero sintiéndose poderosa para llevar al seno de la humanidad el aporte de su concurso, no desea omitir sus esfuerzos y los deja cumplidos, íntimamente convencida de que al fin la justicia se impondrá en el mundo".

Tal fué en aquella hora solemne la magna significación de la Argentina debida exclusivamente a la videncia y la iniciativa de Yrigoyen cuya gloria nadie le podrá discutir ni arrebatar; pues ni siquiera han podido sus enemigos descubrirle a esa actitud los famosos propósitos electorales. Sus mismos adversarios lo declararon entonces. Casi todo lo que era pensamiento e ilustración, en el país, estaba en contra de la neutralidad, primero, y después del retiro

de la Argentina del seno de la Liga. Yo mismo, en mi insignificancia — no tengo porque ocultarlo, ni siquiera motivo de arrepentirme — era partidario de la intervención a favor de los aliados y juzgué tal vez extemporáneo el retiro de la Liga. Pero es leal reconocer y declarar los propios errores. El tratado de Versalles y la inepcia grotesca de la Liga han dado plena y rotunda justificación a la política internacional del presidente Yrigoyen. Esa es, precisamente, la cualidad superior de los gobernantes: la de adelantarse a su momento histórico y prever el porvenir.

Es muy probable que en breve tengan que arrepentirse las naciones integrantes de la Liga de no haber aceptado las proposiciones formuladas por el gobierno argentino. Ya es evidente el fracaso de la Liga y no menos ostensibles sus consecuencias. Una tormenta cargada de desastres, en la que se halla comprometido el porvenir de la raza blanca, ciérnese de nuevo sobre Europa. Formidables convulsiones amenazan la estabilidad del mundo. Los preparativos de la guerra vuelven a devorar el pan de los pobres y a exprimir el sudor de los humildes. Las orgullosas naciones que se negaron a aceptar y reconocer la igualdad internacional sienten trepidar su base y nadie podría prever la gravedad del azar que les acecha. Han pretendido oponerse a la democratización humana y ésta avanzará, a pesar de todo, aunque sea sobre montañas de cadáveres. No quieren comprender que, virtualmente, ha terminado el dominio de las castas ya sean guerreras, intelectuales, burguesas u

obreristas. Hemos entrado en un período ecuménico de la historia en que dominará solamente el hombre, en que imperará la voluntad mayoritaria, sin distinciones externas. La Humanidad se solidariza instintivamente. La época del aeroplano y la radiotelefonía no puede coexistir con la separación de castas. El hombre se convierte en instrumento de sus propias invenciones; y mientras no superen el plano de mecanicismo y competencia en que se mueven los pueblos europeos, soportarán la presión, cada vez más agobiante, de los Estados Unidos y la amenaza inminente de las razas asiáticas, cuyo espolón de abordaje es el tempestuoso pueblo ruso.

Si, por el contrario, hubiesen aceptado la tesis argentina, habría empezado el mundo a transformarse, entrando en una era de franca evolución en la que se habría escuchado, por primera vez, la voz de la humanidad; y las batallas se habrían librado en la esfera de la voluntad y del espíritu. Las pequeñas naciones, proletarios del mundo, hubieran hecho sentir en el seno de la Liga la razón y la justicia de sus derechos hollados, y ello hubiera convertido a esa entidad en tribunal permanente de los pueblos, apto para resolver las querellas internacionales; en vez de ser como ahora, el órgano de unas cuantas naciones prepotentes.

Tan grande ha sido el alcance de la visión de Yrigoyen a quien reconocerán un día los pueblos como precursor genial. El telegrama que él dirigió al Dr. Alvear el 30 de diciembre de 1920, con referencia a

este asunto (1) quedará como una página culminante de la historia argentina.

Concordante con esas actitudes de la neutralidad y la tesis de Ginebra, cima de toda su acción internacional, fué la obra de Yrigoyen respecto a las repúblicas hermanas en cuya unión y solidaridad cooperó en la medida de sus posibilidades: con el proyecto de condonación al Paraguay de su deuda de guerra; con el ofrecimiento al Uruguay de colocarse a su lado íntegramente en el caso de que peligrara su soberanía; con la convocatoria a todos los países íbero-americanos a la celebración de un congreso para unificar su acción durante la guerra; y, por fin, con el decreto de 4 de octubre de 1917 instituyendo el 12 de octubre como día de la raza en memoria del descubrimiento de América.

Fué, pues, su presidencia, en este aspecto, la efectividad del postulado de la democracia internacionalista que erigió a la Argentina en iniciadora de una orientación humana de fecunda colaboración entre los pueblos.

---

(1) Discursos, escritos y polémicas del Dr. Hipólito Yrigoyen, págs. 72 y sig.

XV

YRIGOYEN, MAESTRO DE DEMOCRACIA

Democracia es el gobierno del pueblo por sí mismo. Implica, pues, el imperio de la voluntad colectiva y entraña el predominio del bien común. Significa, en lo moral, una comunión humana. Por eso la verdadera democracia — no la que se rebela únicamente contra los altos, sino aquella que se inclina a los humildes y comprende y abarca a todos en su amor — arranca del misticismo. Los demócratas más grandes que ha conocido la historia fueron Buda y Jesús. San Francisco de Asís, el "demagogo divino", ha sido definido por Chesterton como "el único demócrata perfectamente sincero de este mundo". Ultimamente Almafuerte, entre nosotros, fué como un foco candente, iracundo y genial, de democracia cristiana, de la cual ha formulado la ética y la metafísica en sus versos y sus evangélicas, y ha dado el ejemplo, en lo afectivo, con su existencia apostólica. El es la equivalencia, el contrapunto de Irigoyen. Así como éste ha dicho que "uno de los errores más grandes de los gobiernos era el de pretender convertirse en tutores de los pueblos", y en uno de sus mensajes al Congreso afirma-

ba que "la Nación ha dejado de ser gobernada para serlo por sí misma", de igual modo Almafuerte proclamó:

"Que pensar es recibir
Y volver las impresiones.
Y mandar a las naciones
Preguntarles y seguir!"

Las invectivas lanzadas por Irigoyen contra los hombres del "régimen" las virtió Almafuerte en "La sombra de la patria", ese himno furibundo de amor patrio sublimado cuya recitación era obligada en todos los actos públicos populares, antes del advenimiento del radicalismo y que luego ha sido relegada como se envaina la espada una vez obtenida la victoria. Y el sentimiento de amor hacia los humildes y de identificación con su destino, que hay en toda la obra de Yrigoyen, lo expresó Almafuerte en "La Inmortal" ese canto a la "chusma" que constituye con "El Misionero" el evangelio más cristiano y democrático de la poesía universal. Pero Almafuerte vió todo esto en carácter negativo de protesta, mientras Yrigoyen lo ha encarnado en realidad afirmativa. Ya lo reconoció el propio Almafuerte:

"Fuí grande en el soñar y fuí pequeño
El día de la acción, y eso me pierde"

La democracia, en sentido superior, consiste en un impulso abnegativo que florece en las cumbres mora-

les del alma humana y la inclina a descender hacia los valles, e identificarse con la suerte de las muchedumbres, para guiarlas en su ascensión hacia la vida integral.

No a todos les es dado efectuar esa vuelta o reversión hacia la llanura. Hasta que no ha completado la individualidad su evolución necesita, al contrario, separarse de la masa, apartarse a empujones de la muchedumbre para poder singularizarse y tener conciencia de sí misma. Tal procedimiento, sin embargo, no es indispensable ni del todo eficaz, e implica un simple error de orientación y una deficiencia educativa. El hombre no ha nacido para estar solo más que en el sagrario íntimo de su conciencia. No es forzoso apartarse de los hombres, ni retirarse al desierto para encontrarse a sí mismo; ni tampoco se consigue destacarse, si no es efímeramente, rebajando o deprimiendo a los demás. El punto central, la cima hacia que debe enfocar el hombre la acción de sus potencias tiene que ser siempre él mismo, la figuración más elevada que de sí pueda formarse. Pero en ese yo central ha de estar presente, de algún modo, la humanidad entera; han de contenerse los más altos, perdurables intereses de la comunidad. ¿Para qué podría, en efecto, aspirar el ser humano a las grandezas y perfecciones, si no es para compartirlas, para irradiarlas y gozar de ellas junto con sus semejantes? Si el cenobita se esconde en el desierto es porque quiere imprimir su imagen en el alma de las muchedumbres, pues si existen sus virtudes es como contraste a los pecados y defectos del mundo.

"Cuando quieras ayudar a otro ayúdate a ti mismo", decía Oscar Wilde; y ello puede revertirse con sentido más humano y quizá más eficiente, en esta forma: "Para ayudarte a ti mismo y engrandecer y perfeccionar tu voluntad de poder proponte la conquista de un ideal colectivo, sin esperanza alguna de recompensa". La más elevada cima de la individualización, para que no sea un camino extraviado de locura y soledad, ha de encontrarse preñada de voces augurales de la humanidad futura. Se puede ser super-hombre sólo a condición de que se ayude a superarse a los otros, o de que se escriba *Zarathustra*, que es la más alta forma de ayudarles. El predicador del egoísmo que desorienta a los tontos, y a quien toman por escudo los estériles satánicos, el acerado filósofo Federico Nietzsche, vivió exclusivamente para legar un tesoro de ideas y de intuiciones, de conocimiento psicológico, a los hombres que él no había de conocer.

Sólo nace la civilización cuando los hombres se asocian; sólo brota la cultura de la abnegación del individuo y la comunión humana.

Siempre que el hombre se erige en fin en sí agota su caudal evolutivo y se fosiliza o se pervierte. La máxima de Kant según la cual debe ser considerado el hombre como un fin, es preciso superarla en el sentido de considerarle como un medio de fines transcendentes, pero referentes siempre al hombre mismo. Cuando en un país las clases dirigentes, como sucede entre los latinos, dejan de servir los ideales de la co-

munidad, y se niegan a ser factor consciente de los designios providenciales, de la voluntad latente de las masas, pretendiendo substituir los fines colectivos por los suyos propios, las puertas del devenir quedan clausuradas; y los pueblos se hallan avocados a esta disyuntiva ineludible: la revolución o la putrefacción; salvo que por circunstancias especiales, puedan mantenerse, como España, momificados durante siglos, de cuyo estado sólo podrán salir por una formidable conmoción.

Cuando así se han estancado las clases dirigentes los pueblos necesitan desplazarlas y substituirlas para poder continuar su evolución; porque sólo es legítima esa función de clase dirigente cuando ejecuta la voluntad subconsciente de las masas y sirve a sus intereses de ensanchamiento vital y de ascensión selectiva. Unicamente es lícito elevarse cuando con ello se abren nuevas vías y se ayuda a los otros. "El nombre social de la armonía — ha dicho un gran escritor francés — es jerarquía, es decir, clasificación de los hombres, no según su nacimiento o su fortuna, sino conforme a sus facultades y sus obras". No puede crecer y renovarse un pueblo más que entregado a sus propias fuerzas y manteniendo abiertas las puertas del futuro para que puedan cruzarlas y ascender las facultades que surgen de la muchedumbre anónima. Porque ella es la reserva permanente de la perfección humana. De ella emanan las potencias de renovación y de engrandecimiento. En servirla, en educarla, en allanar su camino y en afirmar su sobe-

ranía consiste la obra más sabia y más excelsa que puede realizar un gobernante. Y eso es la democracia. Conservar abiertas las puertas del futuro, lo que estriba en velar paternalmente para proteger y asegurar los derechos y la dignidad del padre pobre, quièn con su abnegación y su fatiga está forjando en sus hijos la patria del porvenir; en mantener intangible el anhelo del soñador, que ensancha con sus visiones los dominios humanos; en respetar la conciencia y la voluntad comunes; en circundar con un halo protector la existencia del niño, en cuyo cándido ser, sea cualquiera la clase a que pertenezca, se encarna la voluntad inmanente de Dios vivo.

No es democracia aspirar a imponer una teoría contra la voluntad general; pretender encajar a los humanos en un molde cualquiera, por más bueno que a nosotros nos pueda parecer. Por eso el socialista, ni el anarquista, no son demócratas (aun cuando tales teorías cumplan funciones concordantes con la democracia al prefigurar lo colectivo y ensanchar el área de lo individual). Son autócratas disimulados que nos quieren someter a su dominio. Pero los pueblos no admiten que se les encierre en jaulas. El alma humana rechaza las prisiones y encuentra al socialista, autoritario, y al anarquista, poseído de una ambición despótica repelente. Que viva como le plazca en lo que a él solo incumba, pero sométase a los dictados de la mayoría en lo que concierna a todos; porque eso es lo democrático, y si él existe es a expensas de la comunidad. No es tan fácil ser demócrata

sincero. Hay que conservar la propia voluntad pero dentro de la voluntad común. Reconocer como soberanos los designios inmanentes de su pueblo y colaborar en su realización.

Eso es lo que ha hecho Yrigoyen. Identificar su espíritu con los ideales de la patria y entregar su voluntad a la ímproba tarea de realizarlos. Asimilar, como propios, los fines inmanentes de la masa y asumir el empeño de cumplirlos. Yrigoyen es un místico. Ha elevado a la esfera de permanencia, y ha investido de sentido transcendente los ideales colectivos y los obscuros anhelos multitudinarios, en cuya esencia él ha percibido la augusta majestad de lo absoluto. Ha consagrado su accion a los más altos fines de su patria y ha hecho de su vida un cauce para las fuerzas rugientes y caóticas del porvenir. Ha practicado, así, el ascetismo más difícil: el de abandonarse, todo entero, a la voluntad providencial y trocarse en intérprete y agente de las energías multitudinarias. Por eso ha podido ver con claridad que "un gobierno no es más que una realidad tangible, mientras que un apostolado es un fundamento único, una espiritualidad que perdura a través de los tiempos, cerrando un ciclo histórico de proyecciones infinitas".

Su vida ha sido, en efecto, un apostolado, pero fecundado con el testimonio irrefragable de la realidad concreta. El mundo de sus ensueños no ha necesitado doblegarse a las exigencias exteriores. Es el mundo exterior, por el contrario, el que se ha sometido dócilmente. Con el impuro barro de la miseria huma-

na ha forjado la imagen esplendente de la patria redimida. Ha plantado jalones de infinito con deleznable materia transitoria. Y ha encarnado, de ese modo, los designios de la voluntad providencial que, como dice el poeta,

...“hacia el bien nos precipita
Con envión irresistible,
Removiendo una terrible
Negra célula maldita!”

Es ése otro mérito eminente de Yrigoyen: el conocimiento y el dominio de la acción que ha evidenciado. Los idealistas, en general, fracasan cuando pretenden dar realidad a sus ensueños. O les asustan las contingencias de la obra, las impurezas que necesitan manipular, o se sienten impotentes para modelar las fuerzas exteriores; se estrella, así, ante la roca de la vida el límpido cristal de sus anhelos y se rinden al yugo del destino como los demás mortales.

Tal era la tradición de nuestra raza que, afortunadamente, Yrigoyen ha roto con mano firme. No ha necesitado transigir ni claudicar en sus aspiraciones ni principios. Ha ido a sus fines derechamente con lúcida certidumbre de sonámbulo. No se ha sentido obligado a rectificar su dirección ni a enmendar su proceder. Cayeron sobre él denuestos y calumnias y le encontraron impávido. Ni lograron provocar su indignación ni menos aún atemorizarle. Para realizar sus fines no necesitó echar mano, como esos po-

bres dictadorzuelos, tan débiles e irritables como mujeres, de la persecución y la mordaza. Los dicterios de sus enemigos se desvanecieron en el aire. Esos cómicos turiferarios de dictaduras violentas, a lo Mussolini, podrían reflexionar cinco minutos antes de emitir sus necias alabanzas y sus torpes, repulsivos ditirambos al predominio del sable y de la fuerza bruta. Si Yrigoyen lo hubiera deseado habría continuado en el poder por tiempo indefinido con satisfacción del pueblo. Ni siquiera habría necesitado de la fuerza militar, ni del auxilio de la mordaza y del aceite ricino, para establecer su dictadura. Le habría bastado con la adhesión de su partido y el beneplácito popular, que le eran enteramente adictos. Esas pretendidas glorias extranjeras, amasadas con la sombra de la tiranía y el sufrimiento del pueblo, han sido ampliamente superadas por la Argentina en el admirable ejemplo de Yrigoyen; quien al realizar su obra gobernando siempre dentro de la ley, ha sellado, con él, su misión apostólica. Ni siquiera desea, ni pretende, ejercer otra vez la presidencia ante el espectáculo inmoral que ofrecen sus enemigos de confabularse en contra suya, dispuestos a llegar hasta la perturbación de la paz de la República, si ello les fuera posible, con tal de malograr la voluntad del pueblo, que le reclama otra vez en el gobierno para que termine su obra.

Pero si se ha despertado la conciencia nacional es ahora la ocasión de demostrarlo. La obra de la democracia exige otra presidencia de Yrigoyen. Va en

ello el porvenir de la Argentina y hasta se juega, tal vez, en ese empeño el destino de toda Ibero-América, que tiene hoy entre sus manos supremos intereses universales cuya custodia reclama la humanidad.

Sólo por la democracia, que genera la comunidad espiritual, puede nuestra raza resurgir. Depende de ese renacimiento el porvenir del alma latina. Ella es la depositaria de los valores tradicionales de la cultura y del humanismo. Si esta raza llega a perecer, o a perder definitivamente el rango directivo que su esencia psicológica le asigna, el mundo va a soportar el yugo de una barbarie industrialista, que perdurará por siglos, o la invasión de Occidente por las razas amarillas. La solución fecunda de los conflictos que en este instante amenazan la estabilidad de la civilización humana consiste en la unificación jerarquizada que, respetando las diferencias, permita la libre acción de las fuerzas nacionales e individuales. Unificación del ideal y el interés, dentro de cada país, de todos sus elementos integrantes, en un fin común y armónico que supere los antagonismos. Unificación del Occidente en la tarea civilizadora, asumiendo cada pueblo y cada raza el destino que les corresponde, el cual no estriba en avasallar a los demás, sino en aportar cada uno sus valores y virtudes al integral engrandecimiento del ser humano. En el concierto del mundo cada raza tiene una misión y una cualidad predominante. El anglo-sajón encarna la voluntad pragmatista; el germano, el pensamiento actuante; el latino, el espíritu y la ética. El Occidente, en

conjunto, ha elaborado la personalidad individual y conquistado el dominio de la materia; mientras que el Oriente ha creado el alma colectiva y realizado el dominio del espíritu. La raza eslava es la transición entre Oriente y Occidente. La obra civilizadora consiste en armonizar esos diversos valores para integrar al hombre con todos ellos; no en oponer entre sí las cualidades para arribar a la destrucción y a la matanza. Conforme el hombre se ha enriquecido con el cambio de productos, debe iniciar, asimismo, la transferencia orgánica, voluntaria y sistemática, de los valores del espíritu, el carácter y la inteligencia, entre los pueblos y razas, para enriquecer su personalidad y la esencia de su ser.

Esta unificación social armónica de todas las fuerzas vivas de la nación es la que ha emprendido la Argentina bajo la acción y la inspiración de Hipólito Yrigoyen; y ella le otorga función orientadora, ejemplar, cristalizante, entre los pueblos de América; a la vez que abre una ruta luminosa de solidaria cooperación en la evolución humana.

Es, pues, de urgencia esencial la continuación de esa obra que nadie puede cumplir como Yrigoyen, su iniciador. Quien no lo advierta así es porque carece de conciencia histórica y no tiene la visión de la grandeza, de la magnitud de los destinos que lleva en sí el porvenir, la voluntad del pueblo argentino.



INDICE

ÍNDICE

